



LEOPOLDO LUGONES

---

# ODAS SECULARES



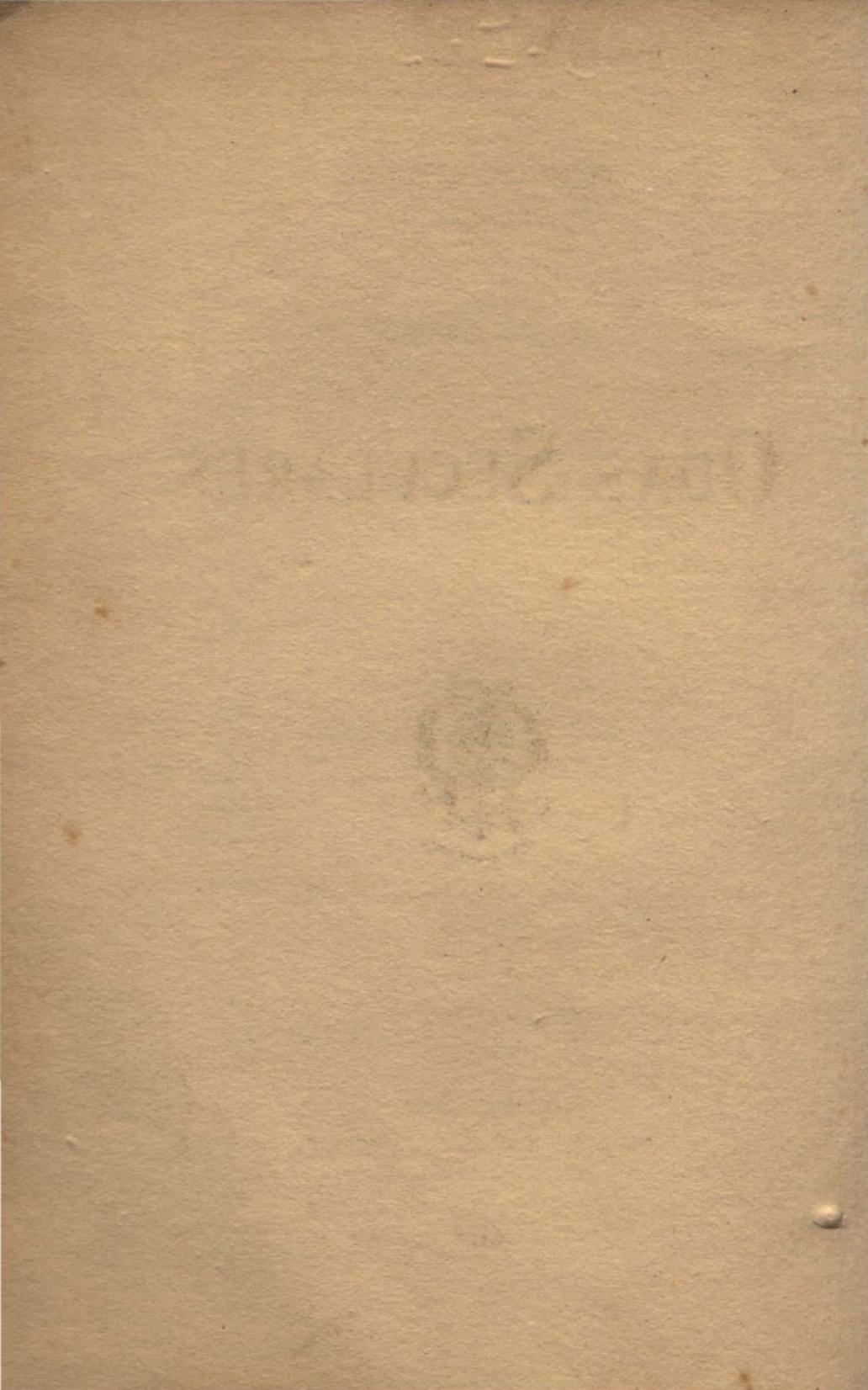
BUENOS AIRES

ARNOLDO MOEN & HNO., EDITORES

323, Calle Florida, 323

1910

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



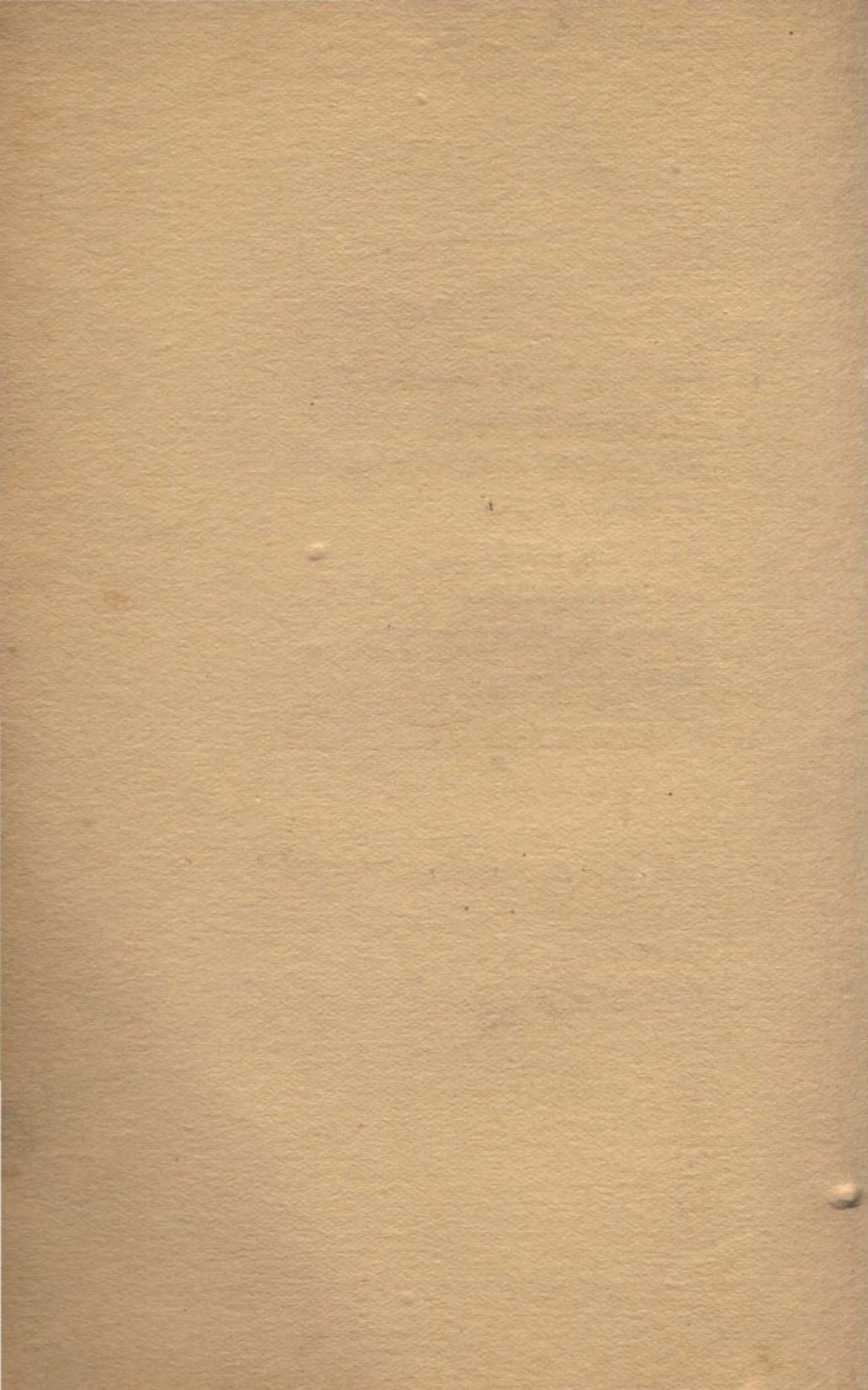
DEL AUTOR:

*Las montañas del Oro* (versos)  
*La Reforma Educacional* (polémica)  
*Los Crepúsculos del Jardín* (versos)  
*El Imperio Jesuítico*  
*La Guerra Gaucha*  
*Las fuerzas extrañas*  
*Lunario Sentimental* (versos)  
*Piedras Liminiales*



EN PRENSA:

*Un Proscrito del Sol*  
*Didáctica*

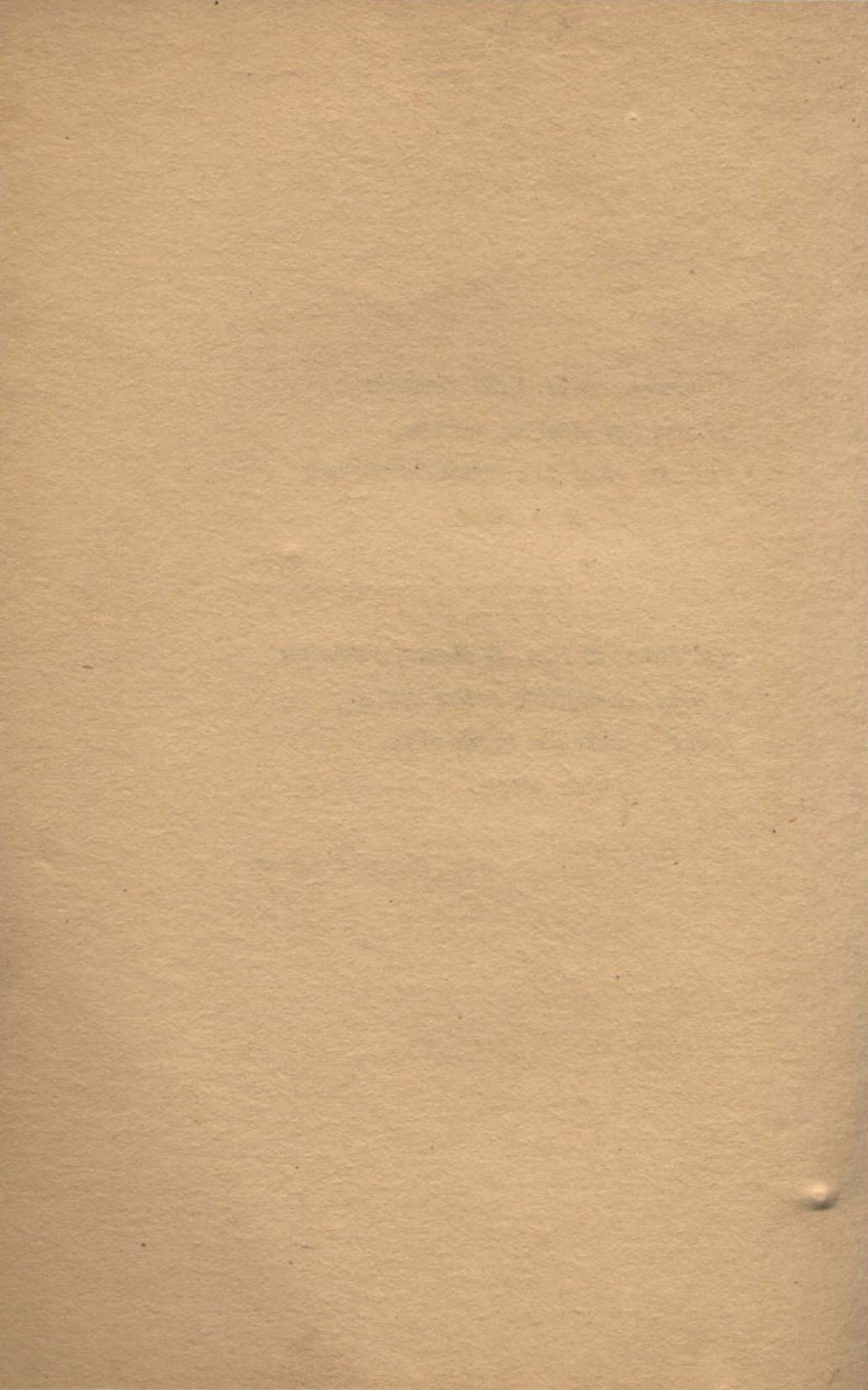


*Di probos mores docili juventae,  
Di senectuti placidae quietem,  
Romulae genti date remque prolemque  
Et decus omne.*

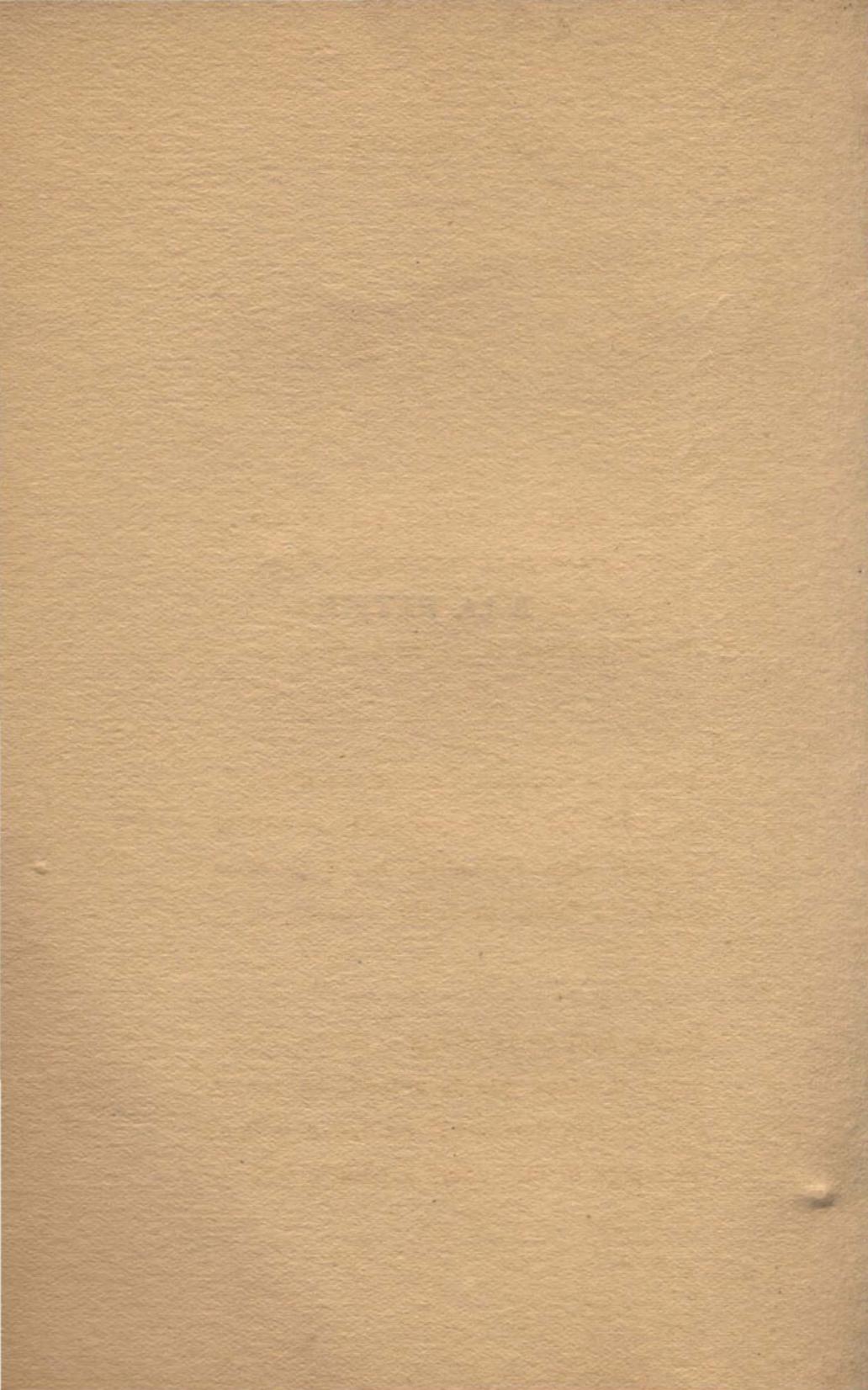
.....

*Jam Fides, et Pax, et Honor, Pudorque  
Priscus, et neglecta redire Virtus  
Audet; apparetque beata pleno  
Copia cornu.*

HOR. *Carmen Saeculare.*



Á LA PATRIA



*Patria*, digo, y los versos de la oda  
Como aclamantes brazos paralelos,  
Te levantan Ilustre, Unica y Toda  
En unanimidad de almas y cielos.

Visten en pompa de cerúleos paños  
Su manto de Andes tus espaldas nobles,  
Y sobre ellas encumbran tus Cien Años  
Su fresca fuerza de leales robles.

Corcel azul de la eterna aventura,  
Sobre la playa que se ablanda en seno,  
Con su crin derramada en suave holgura  
Se alarga el mar como á pedirte freno.

Y la nube del cielo, y la severa  
Nieve del monte, y la marina espuma,  
En su elemento azul te dan bandera,  
Con símil que la gloria al Bello suma.

Sea en tu cielo y todo lo serene,  
Tu Buena Voluntad estrella suave;  
Y el Sol la brasa de tu hogar que tiene  
Del lado de venir puesta la llave.

Brinda á los oprimidos tu regazo  
Con aquel ademán largo y seguro,  
Que designa en la estética del brazo  
Una serenidad de mármol puro.

Prolongando en justicia tu honra de antes,  
Cimenta así tus seculares torres,  
Y sea tu aderezo de diamantes  
El tesoro de lágrimas que ahorres.

A hombro de monte carga el riel; su acero  
Audaz, evoque con alegre asombro,  
La epopeya en que el sable granadero,  
Barra de luz viril cruzaba en tu hombro.

Abre al peñasco su opulenta entraña  
Donde mismo sangró el heroe recio,  
Para acendrar en oro de montaña  
Aquella sangre que no tiene precio.

En fraternal progreso ese oro entrega  
Más allá de tus lindes soberanos,  
Cual corona la parra solariega  
El muro medianil de los hermanos.

Enfrena al mar cruzándole tu escuadra  
En la boca de plata de tu río,  
Y al raudo hervor que el hélice taladra  
Dá tu escolta al pacífico navio.

Para henchir de riqueza el buque ufano,  
Cuadra la ceba sus compactas reses,  
Y el calor germinal de tu verano,  
Hecho sólida luz se logra en mieses.

Dando su prez al laborioso empeño,  
Te aduerme con eclógicos olores  
La profunda pradera, en fértil sueño  
De humedad, de luciérnagas y flores.

Y en sencillez de juventud, serena  
Con la perennidad que te atestigua  
El linage solar, eres morena  
Como la grave Libertad antigua.

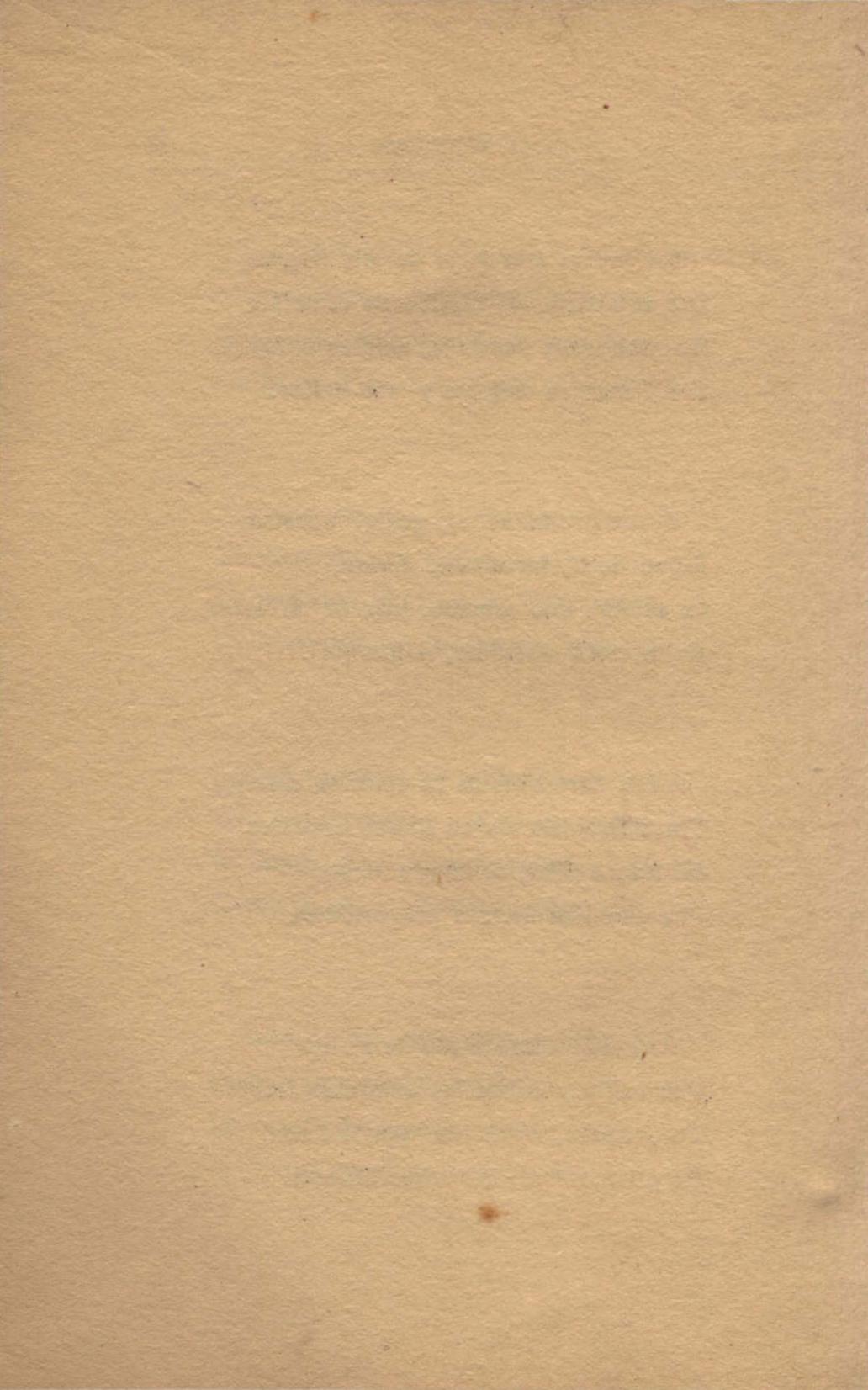
Salta en ese color temple de raza.  
Previa ante el Sol natal como una proa,  
La Libertad tu eterno rumbo traza  
Y al verso exige su sonora loa.

Así puesto á la forja de mis fraguas  
Que estallarán su cántico en centellas,  
Honraré, sean hombres, montes ó aguas,  
Tus Personas mejores y más bellas.

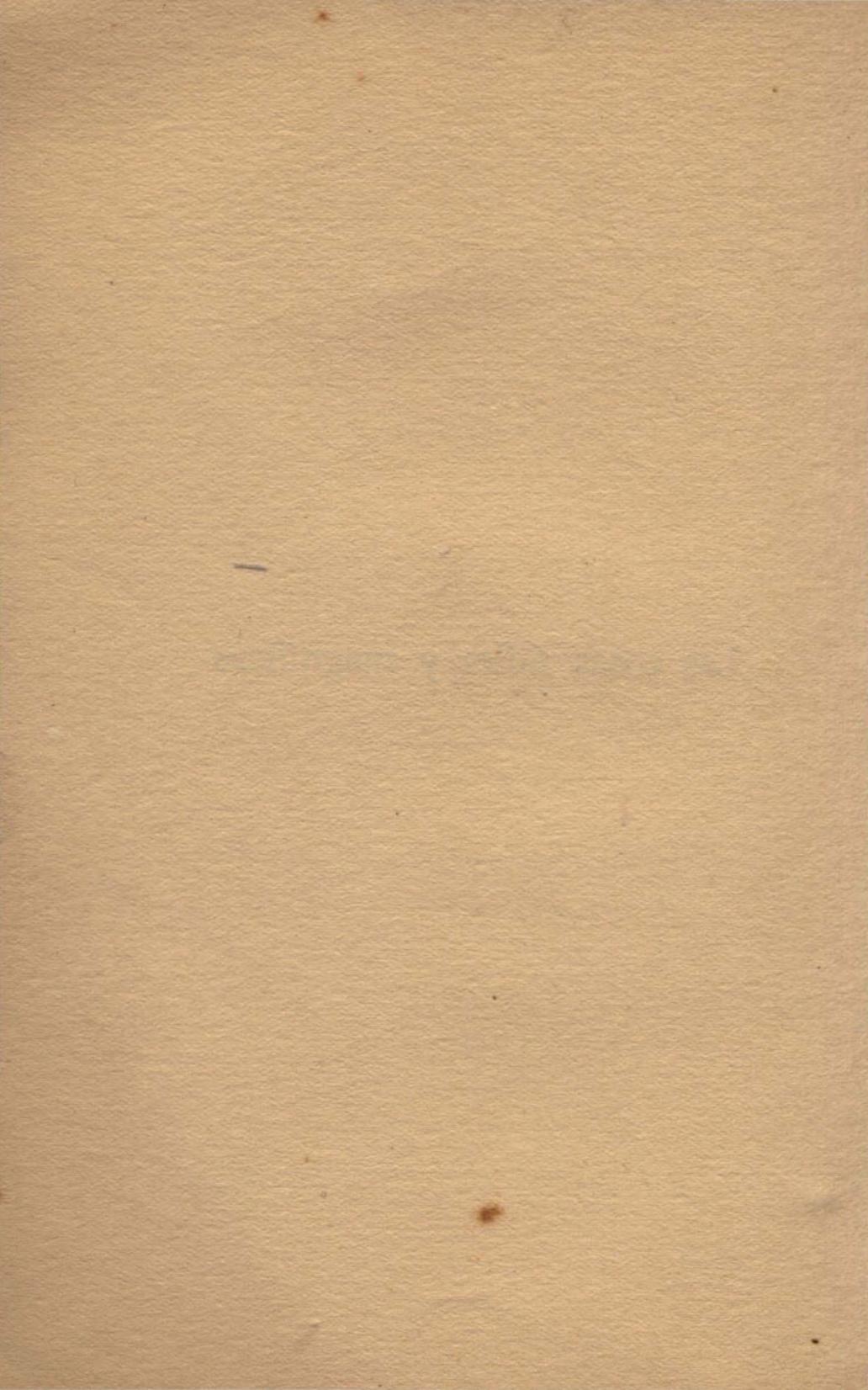
Y tú entre todas, si, genial maestro,  
Digno de tí, formárate, divina,  
La estatua que concibo, hija de mi estro,  
En tu metal epónimo, *Argentina* .

A mis hermanos en tu amor la entrego,  
Transubstanciando en líricos caudales  
Mi tesoro filial, al hondo fuego  
Que sintetiza fuerzas primordiales.

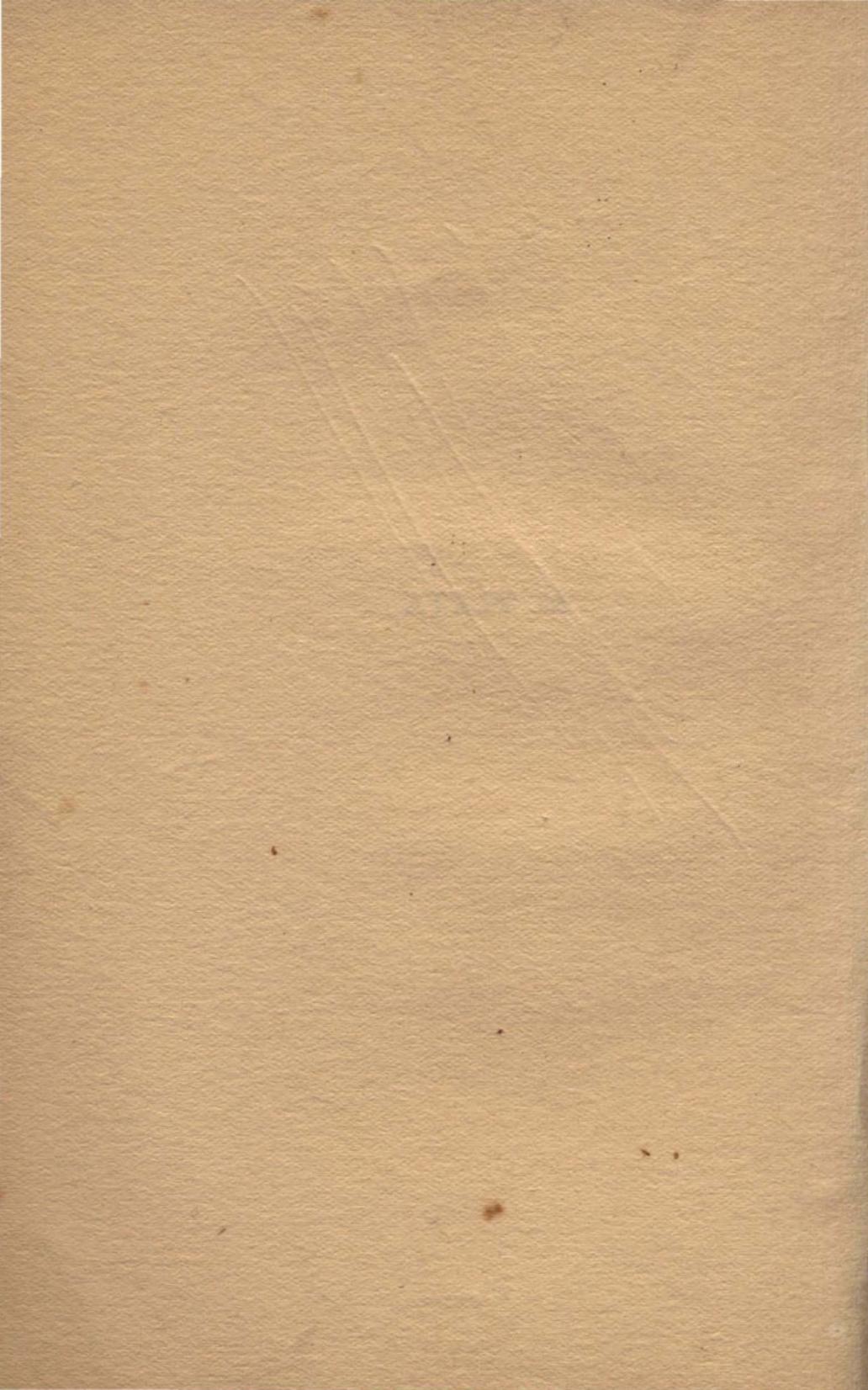
Para que como signo de fortuna,  
Que inicia y colma las empresas francas,  
Te evoquen, cincelada por la Luna,  
En plata colosal de nubes blancas.



Las cosas útiles y magníficas



AL PLATA



## I

¡Salud, Padre y Señor! A tu linage,  
Como en la gloria mágica de un cuento,  
Ser habitantes del *Pais de Plata*  
Con orgullo magnífico debemos.

Capitán colosal, tienes el mando  
De las aguas feraces, claro ejército  
Que espejeando sus líquidas espadas  
Abre fronteras y dilata pueblos.  
Hijos de las montañas esos ríos  
Forman en la blandicia de tu seno,  
El vínculo ancestral que ellas te aducen  
Con la médula misma de sus huesos.  
Interioriza lánguidos murmullos  
De selva cálida el raudal sereno,

Y entre los dientecillos de la arena  
Recuerda los peñascos sempiternos,  
Donde infantil brotara un bello día,  
Del pálido castillo de los hielos.

El tranquilo Uruguay te narra bosques  
Y el feliz Paraná soles inmensos.  
Uno te trae en numerosa música  
Su tributo de rey que tiene un reino  
De cristal y de pájaros. El otro,  
Con la expansión de su caudal soberbio,  
El brindis imperial de sus cascadas  
En copa de basaltos gigantescos.

Palabra de florestas y de montes  
Prolongan tus corrientes. En sus ecos,  
Sentimos las dulzuras paraguayas,  
El arrogante verbo brasileño,  
Y la voz oriental que nos recuerda,  
Como es de hermano, tu paterno acento.

Corazón de la patria que palpitas  
Heroicamente en ella, á flor de pecho,  
Como si desbordaras en la noble  
Quimera de endulzar el mar entero.  
El magnífico abrazo que te crea  
Es nudo de concordias y de afectos  
Que al vasto mundo envías con las barcas  
De riqueza y de paz. Eres el verso  
Que en nuestro canto dice: *¡Oid mortales!*  
Tu permanente cuerda de agua y viento,  
Con latitud de mar, y con dulzura  
De fuente, está cantando al extranjero,  
Una alegre amistad de alma argentina  
Como salutación de hogar abierto.

Moreno como un Inca, la excelencia  
De la raza solar te impone el cetro.  
Y formas con el Ganges de los dioses,  
Con el Danubio azul de los Imperios,  
La noble tribu de aguas que penetra  
De cara al sol en el Oceano interminio,

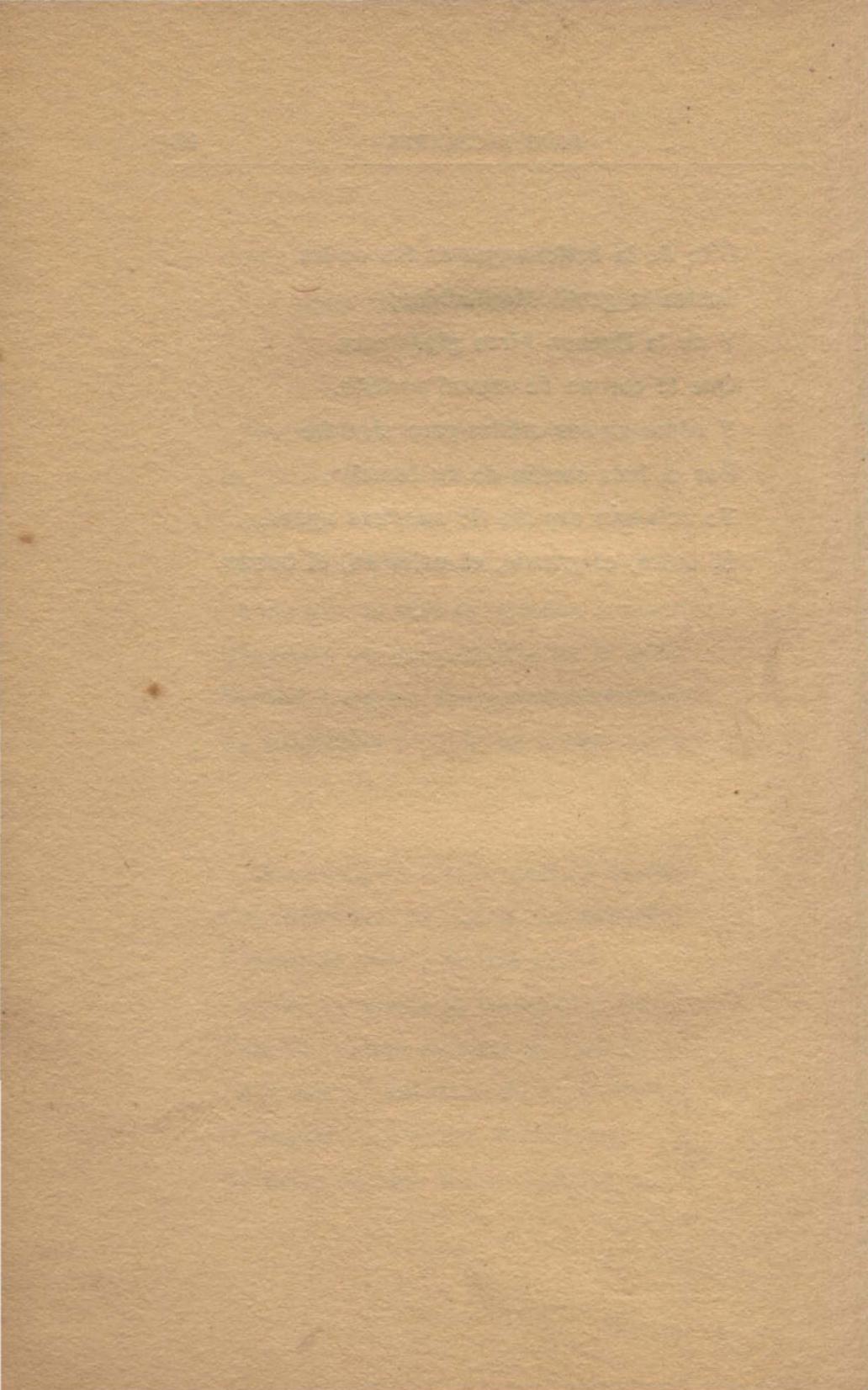
Como mueren los héroes antiguos  
En la inmortalidad de un canto excelso.

Enorme riel en que la gloria puso  
Al eje de su carro turbulento,  
Una rueda de plata y otra de oro  
Con la luna y el sol que van saliendo,  
Desde que en días de victoria ó muerte,  
Hermanas ya, mezcláronse en tu seno,  
Nuestra sangre y tus aguas encarnando }  
La substancia vital de un mismo cuerpo.

Encorvado en clarín, canta á la oreja  
Del vasto mar tu mundo de recuerdos.  
Cántale la poesía de tus ondas  
Cuando de patria te colora el cielo;  
Cuando vuelcas la plata de la luna  
En sombría expansión de cofre abierto,  
O fraguas, por el sol metalizado,  
En barra colosal, fuego de fierro.

---

Dile de la belleza que en tus ondas  
Ilustra la gentil Montevideo;  
Y de la Buenos Aires gigantesca  
Que te corona de sauzal porteño.  
Y cómo ambas unidas para siempre  
Por el lazo común de su derecho,  
Te aclaman capitán de nuestras aguas,  
El dulce, el grande, el valeroso, el bueno.



A LOS ANDES



## II

Moles perpetuas en que á sangre y fuego  
Nuestra gente labró su mejor página:  
Sois la pared fundamental que encumbra,  
Como alta viga la honra de la raza.  
Cuéntela el pico matinal en donde  
Sacude el viento sus glaciales sábanas,  
Y el vuelo de sus cóndores filiales  
Déle expansiones de palabra alada,  
Dilatando con párrafos enormes,  
Hasta el sol una sombra de montaña.

Vuestra grandeza azul es una oda,  
Cuando en la magestad de la distancia,  
Dijérase que el cielo cristaliza  
En el zafiro de las cumbres claras.

Graves y un poco torvas como ellas  
Serían ciertamente aquellas almas,  
De los héroes que un día las domaron  
A posesivo paso de batalla.  
Color de acero fino como ellas,  
Por gemela blancura coronadas,  
En esa inmediación de ideal y cielo  
Que emblanquece las cumbres y las almas.

El azur y el armiño de los reyes  
Echan su pompa sobre vuestra espalda.  
Con grandes brazos de peñasco y leña  
Manejáis los raudales de las aguas,  
Como un puñado de sonoras bridas  
Que en bocado espumoso el mar baraja.

Extiende á vuestros piés manta de pámpanos  
La honestidad robusta de la parra  
Que á la cuerda Mendoza civiliza,  
Y como tosca vena en que resalta

Á flor de piel la calidad interna,  
Líquido fuego de volcanes sangra,  
En el vino genial que el alma ilustra  
Con su llama ligera y aromática.

Vuestro pecho arraigado de laureles,  
En venas de metal su temple exalta.  
Y bajo la corona que os ofertan  
A través de los climas cedros y hayas,  
Si un sobrio paño de ciprés os viste,  
Os abanican voluptuosas palmas.

Vuestros hielos magníficos anuncian  
El colosal palacio de las aguas,  
Que triste espera el arenal distante  
Donde el hombre ha arraigado su esperanza.  
Anticipando así los galardones  
Del futuro verdor, cree y trabaja;  
Hasta que cuando del penoso hueco  
La onda por fin en las tinieblas mana,

El fresco pozo con su ruido alegre  
Expresa vuestro elogio en lo que canta,  
Cual campanarío inverso en que repican  
Su dulce carillón las notas claras,  
Y donde eleva el ascendido cubo  
Que representa la central campana,  
Con el son de la fuente montañesa,  
En gemelo cristal vuestra palabra.  
La crispación nudosa de un esfuerzo  
Parece perpetuarse en vuestra masa,  
Ejército inmortal que petrifica  
En falange de bárbaras estatuas,  
Aquellos inmortales cuyo efigie  
Con tal excelsitud los montes tallan.

Llevadles á los niños que los vean.  
Haced que se ennoblezcan de montaña.  
Yo que soy montañés sé lo que vale  
La amistad de la piedra para el alma.  
La virtud en los montes se humaniza,  
Cual toma buen olor la hierba amarga,

---

Y la pálida fuerza de los mármoles  
Por los cascos de hielo anticipada,  
Abre en la libertad de su belleza  
Ojos mejores para ver la patria.



A LOS GANADOS Y LAS MIESES



## III

Un verde matinal lustra los campos,  
Donde el otoño, en languidez dichosa,  
Con dorado de soles que se atardan  
Va dilatando madureces blondas.  
A través de la pampa, un río, turbio  
De fertilidad, rueda silenciosa  
Su agua que tiene por modesta fuente  
La urna de tierra de la tribu autóctona.  
Negrea un monte en la extensión, macizo  
Como un casco de buque cuya proa  
Entra en el agua azul del horizonte,  
Avanzando á lo inmenso de la zona,  
La civilización del árbol, junta  
En la fresca bandera de su sombra.  
Tiende el cerco su párrafo de alambre  
Sobre el verdor de las praderas solas,

Que en divergentes líneas de dibujo  
Allá á lo lejos insinúan lomas.  
Y mientras desde la invisible estancia  
Algún gallo los campos alborozá,  
Aventando su ráfaga de hierro  
El recio tren las extensiones corta.

Entonces, en el fondo del paisaje  
Retozado por yeguas que se azoran,  
Y que desordenando su carrera,  
Con fiero empaque las cabezas tornan,  
Como si el viento paralelo fuese  
Rienda suelta en sus bocas—  
Con su franco testuz un toro inmóvil,  
La mañana magnífica enarbola.

Una sangre excelente engarza su ojo  
Con bravío coral. Fuego de aurora  
Parece que se atarda empurpurando  
En su tostada piel. Su poderosa

Fábrica, funda en los enjutos remos  
Una gravedad brusca y categórica.  
Y los vastos cuadriles y los flancos  
Que así parece ponderar la norma  
Del muro racional, y el rudo pecho  
Que en la crasa marmella se desborda,  
Acumulando en la cerviz su fuerza  
Como en un tronco de coraje, aploman  
El macizo trapecio de la testa  
Donde es padrón de raza el asta corta.

Embellecido de pradera, absorbe  
Con anchuroso aliento las aromas  
Del trébol y el hinojo, palpitante  
En su naríz la estabular argolla.  
En la húmeda penca de su morio  
Irisa el sol una hebra perezosa,  
Y la luz en el ágata del cuerno,  
Fija un bélico lustre de arma corva.  
Soplos de brisa matinal le barren  
Con tibia suavidad la crespa cola;

Y con mirada extensa en que el encanto  
De la campiña pálida reposa,  
Abarca el fiero macho su dominio,  
Enviando á la dehesa retozona,  
El mugido remoto y entrañable  
Que su viril profundidad prolonga.

Piérdese el tren por los desiertos campos,  
Al paso que en vedijas perezosas  
Se deshacen sus blancas balas de humo  
Por las cañadas húmedas de sombra.  
En vasta dispersión pace el rebaño  
Que entre el profuso pastizal engorda,  
Asegurando al semental pujante  
Su plantel de lucientes vaquillonas.  
Allá el torito que con duro gesto  
Su amenazante decisión entona,  
Clavado como un trompo cava tierra;  
Y el nudoso ternero se alborota,  
Mientras con un desgano de bostezo  
Le brama la lechera cavernosa.

Allá el buey de las sólidas tareas,  
Su enorme y dulce sencillez conforma  
A la razón de su deber, que acata  
Un dominio ingenioso en la persona.  
Allá la vaca fértil como el campo,  
Su substancia elabora  
En el músculo, en la ubre y en la pella,  
Con una grave plenitud geórgica.  
Si anda, parece que en su marcha pende  
El talego del rico; si reposa,  
Su aspecto familiar de cofre tosco  
Es la seguridad del pobre. La honda  
Paz de los campos en su sér vegeta;  
Dice su inmediación la casa próspera;  
Y cuando en formidable ansia de asalto  
Siembra el amor su entraña calurosa,  
Con resistente conmoción de yunque  
Cimenta la riqueza creadora.

Rugosos como frutos los carneros  
Que la suarda barniza en crasas motas,

O como carros de heno acolchonados,  
Las cabezas unánimes agobian.  
Unos chorrean la pendiente lana  
En rapacejos rústicos de colcha.  
El vellón de esos de testuz cerrado  
Como un terrón, en las tajadas fofas  
En que lo parten para verlo, enseña  
Cual tajado melón ternuras rosas.

Sobre sus tiernas patas de alfeñique  
Jadean las borregas dormilonas.  
El morueco salaz que las encela,  
Les vibra al flanco su matraca ronca.  
Perseverantes razas tipifican  
Las caras negras y las blancas colas;  
Y las candidas nubes del contorno  
Con su aglomeración deslumbradora,  
Que delinea en mundo de rebaños  
La haz de la profunda Patagonia,  
Allá en lo azul parece que congelan  
Un cargamento de afanadas flotas.

Con un oro moreno de pan rústico  
Tuéstase al sol la parva previsora,  
A la vera del pálido rastrojo  
Donde la luz, por paralelas zonas,  
En los canutos que tajó la siega  
Finge un sesgo temblor de agua remota.  
Yace esperando la agitada trilla,  
Junto al galpón la máquina ingeniosa,  
En cuyo horno apagado suele á veces  
Poner un huevo la andariega polla.  
Más distante verdea la cebada  
Donde el viento hace ya pálidas olas.  
Y mediando un tablón de alegre alfalfa,  
En que al son de seis tarros la colona,  
Con su nidada de útiles gringuitos  
Disputa un duraznero á la langosta—  
La nueva tierra arada que ese año,  
En un esfuerzo más el lote colma,  
Parece hinchar con su preñez morena,  
Aquel seno de madre valerosa.

Alcemos cantos en loor del trigo  
Que la pampeana inmensidad desborda,  
En mar feliz donde se cansa el viento  
Sin haber visto límite á sus ondas.  
Simbolizando las alianzas nobles  
En las doradas tribus que escalona,  
Sobre el color indiano de las eras  
Florece un juvenil rubio de Europa.  
Fuerte aldeano que tiene una hija blanca  
Y un hijo blanco como en las historias,  
Dice del almidón y de la harina  
En que el hogar cimenta sus concordias.  
Como una rubia desnudez de niño  
Rueda la masa echando un tibio aroma  
Que á aquella simple industria dá el encanto  
De una maternidad blanda y recóndita.  
En la fiel solidez del pan seguro,  
La vida es bella y la amistad sonora.  
Suave corre la vida en las cordiales  
Tierras del pan, como una lenta sombra.

Eso siente el colono cuando mira  
La riqueza espigada que amontona  
Con su juego de zarzos y de hoces  
Lenta y monumental la segadora.  
Ayer, en el diario, le han leído  
Las cantidades que el país exporta.  
Con nueve toneladas en un año,  
Va á hacer cuarenta que iniciaron la obra.  
Más de cuatro millones en un día,  
Buenos Aires tan solo embarca ahora.  
Pretenden con razón los viajeros  
Que el polvoroso tren los apoltrona,  
Diciendo *mucha plata-mucha plata*  
El compás de su tráfago en la trocha.  
Sí no fuera el arriendo tan pesado...  
Pero ya más de treinta pesos cobran  
Por la hectárea en barbecho, si está cerca  
De la estación; y el flete de las tropas  
Se va poniendo cada vez más caro;  
Y ya la peonada regalona,

Habla de socialismo y hasta pide  
La jornada de ocho horas...

Allá en la luz del horizonte inmenso,  
Como una parva de gavillas blondas,  
Un nubarrón magnífico progresa  
Evocando doradas Babilonias.  
Y el tesoro del agua que anticipa,  
Parece propiciar en dulce gloria,  
La justicia del cielo embellecido  
A las futuras patrias de concordia.

Pasa por el camino el ruso Elias  
Con su gabán eslavo y con sus botas,  
En la yegua cebruna que ha vendido  
Al cartero rural de la colonia.  
Manso vecino que fielmente guarda  
Su sábado y sus raras ceremonias,  
Con sencillez sumisa que respetan  
Porque es trabajador y á nadie estorba.

La fecundidad sana de su esfuerzo  
Se ennoblece en la tierra bondadosa,  
Que asegura á los pobres proseguidos  
La retribución justa de sus obras.  
Más allá viene el sirio buhonero,  
Balanceando á la espalda su bicoca,  
Al canto gutural de la sabida  
«Cosa linda barata» que pregona.  
Y cuando los dos hombres se saludan  
Al cruzarse, conforme á la amistosa  
Ley social del camino, en aquel acto  
La dulce patria nueva galardona,  
La clientela de razas ridimidas  
Con la serena tarde que desposa,  
Su grave amor de rústicos maridos,  
Como una grande y rubia labradora.

La máquina bufada de sonoros  
Calores de motor, vomita ansiosa  
En infernal sofocación de glumas  
El seco chorro de cereal. Agota

Con labio ardido el hombre que allá arriba  
Los acopiados haces desmorona,  
La hez de la cantante damajuana;  
Y se ve en su garganta presurosa,  
Bajo el rayo de sol que la degüella  
Pasar los tragos con delicia sorda.  
Más lejos, á la sombra de la parva,  
El comísario próximo enamora  
A la hija del gringo, y sin que advierta,  
Por la manga le emboca  
De punta, una barbada espiga verde,  
Que en progresión tenaz trepa más pronta  
A cada sacudón, como un insecto,  
Hasta la axila rubia y cosquillosa;  
Con lo cual pesca el listo algún encanto  
Del corpiño alocado por la broma.

Ella también labró la dura tierra,  
Cuando, recién venidos, era toda  
La familia un ganado de labranza  
Y aun no existía pueblo ni colonia.

Vestida de varón por más soltura,  
Penaba en el rastrojo largas horas,  
Envidiando en su infancia endurecida  
El blanco torbellino de gaviotas,  
Que sobre el surco se arremolinaban  
Cual si estuviesen jabonando ropa.  
Hasta de noche araban, cuando había  
Luna llena, una tierra dolorosa  
Como el cinc bajo el vidrio de la escarcha ;  
Y era su desayuno cuatro sopas  
De galleta, nadando en yerba hervida,  
Que ahorraban con acerba parsimonia.  
Hasta debieron sulfatar el grano  
Que presentaba pintas sospechosas.

Pero un precoz Octubre en que la luna  
Hizo con agua, dilató en las hondas  
Noches de primavera un tibio cielo  
Arbolado de nubes borrascosas.  
Las albas se aclararon de rocío,  
Y en nubecillas de sedaña borra,

Crespas y cándidas como angelitos,  
Flotó el celeste de sus dulces horas.  
Con frescura de flor olió el buen día,  
Y vinieron también las siestas mórbidas,  
De aquellas que maduran en tormenta  
Su lóbrego calor donde borbolla  
Como sonoro caño de agua el trueno,  
Y el nubarrón despierta la olorosa  
Sed de la tierra con las gruesas uvas  
De su racimo azul deshecho en gotas.  
Y entonces fué una gloria ver la tierra  
Renacida en las eras laboriosas,  
Y caminar los embarrados bueyes,  
Y dilatarse la llanura sola  
Al rumor de los élitros del trigo;  
Y llegar canturreando una milonga  
Al bravo comisario en su birlocho;  
Y así fué cómo una cosecha pródiga,  
Aseguró el pasar de la familia  
Que ya en fortuna sus desvelos goza.

Y han iniciado un toско jardinillo  
Donde en los tarros que el orín desfonda,  
Crece un poco de menta y una mata  
De alelí, coronados por la pompa  
De un clavel que en arábigas pimientas  
Encandece su sangre tumultuosa.  
Y á la puerta del rancho,  
Dos paraísos de gemela copa,  
Como un doble manchón de regadera,  
Atigradas de sol echan sus sombras.

Algún claro domingo van al pueblo  
Con los chiquillos en volanta propia.  
El padre en su chaleco desprendido,  
La cadena de plata ostenta airosa.  
Su mujer lleva un rebocillo verde,  
Y va en sus seis enaguas muy sonora.  
La niña, que ya tiene costurera,  
Luce un vestido con volado "en forma",  
De granadina negra, cinto de hule,  
Zapatos blancos y peinado de onda.

Al estribo saluda el comisario  
Muy orondo, atusándose la mosca,  
Con su golilla negra y su chambergo  
Agachado en visera presuntuosa.  
El colono torcido en el pescante,  
Ayuda á la consorte sofocona,  
Que reprende á un hirsuto rubiecillo  
Y contiene á otros dos con mano pronta.

—¿Cómo va, amigo Pietri?

—Eh, don Ramírez

Cosí cosí...

—Y usted mi doña Rosa?

¿Y usted Beppina?

La muchacha que á esto  
Va bajando, responde un tanto corta:

—Yo, bien no más...

—Proprio come la mama,  
Completa el viejo, y ella, coquetona,  
Rie al saltar, pues sabe que el taimado  
Por mirarle las piernas se desoja.

Y juntos marchan con mezclado paso  
Por la escabrosa acera de la fonda  
"Con alloggio", que dice en su letrero  
*Albergo del Bon Vin*. La calle próxima  
Está llena de chatas y de carros;  
Y adentro, en rudos cantos se alborota,  
El litro festival con que remata  
La semana labriega su maniobras.

*Ciao, ciao, ciao*  
*Morettina bella, ciao...*

Los más pudientes van á la cantina  
De la estación, que hace también de Bolsa,  
Donde jugando el cocktail á los dados,  
Los viajantes del Rosario compran.

Mientras caminan hacia allá, jadeantes  
Bajo la resolana vibratoria  
Que con vívido ardor plancha la calle,  
El listo funcionario cuenta cosas.

—Gandini, el boticario, en Rafaela  
Se casó con aquella negra gorda  
Que tuvo de mucama. ¡Pucha el hombre!...  
Mas, hé aquí que el viejo se le afronta  
Parado bruscamente en la vereda:  
—Qué querés don Ramirez... La crigolla  
É molto confortevole...

Y su gracia

Se ultima en una risa carrasposa.

La resolana exalta en los ladrillos  
Un flotante matiz de zanahoria.  
Detrás de la muralla que orillean  
Percíbese, al pasar, choques de bochas.  
Alzanse allá en el pálido horizonte  
Humaredas de bálago. Una sorda  
Trepidación, anuncia el tren distante  
Para el cual el semáforo se dobla.  
Y aunque el joven criollo no replica,

Su amorosa inquietud canta la gloria  
Del rodete dorado que asolea  
Como una mies aquella carne blonda,  
Que en la gracia rural de la Beppina  
Como un albaricoque se sonrosa.

Cantemos al maíz cuyo tesoro  
Es lingote cabal en la mazorca,  
Y en cristalización de sol madura,  
O pálidos topacios monta en joya;  
Y pinta un oro púber en la mecha  
Que del muslo del choclo se desfloca,  
Bajo el crujiente ajuste á cuyo amparo  
Su blanca y dura desnudez conforma.  
En el lustre solar de cada grano  
Una pupila lúcida se dora,  
Cual si aun diera la luz copulativa  
Que la sazón condensa y aprisiona  
En las siestas candentes que así fraguan  
Para el buen labrador la gruesa piocha.

Sobre la estrella de rajada chala  
Como un brillante candelero brota,  
Cuando al asegurar el rinde neto  
La operación de la desgranadora,  
Sus áridos raudales de moneda  
Cual gruesa liebre tragará la bolsa.

Como la negra fiel de las familias,  
Obesa y atareada ríe la olla  
Bajo el sabroso mecedor de higuera  
Los dientes blancos de la mazamorra.  
O incuba en el pañal de tierna chala  
La umita de la recias comilonas,  
O pone al loco cálido y macizo  
Líquido aro de grasa y de cebolla.

En las cañadas de mi sierra verde,  
Sube tanto el maizal cuando se logra,  
Que con caballo y todo nos perdíamos

En las chacras sonoras,  
Buscando las espigas que manchaba  
Una coloraciòn morada ó roja,  
Que es antojo, deciannos las viejas,  
De cuando está preñada la mazorca.  
Llámanlas *misas* y el que listo puede  
Pasarlas al descuido á una persona,  
Tiene el derecho de *misarle* entonces  
Un mandado, un secreto, ó una cosa;  
Desde su fiel rebenque á los arrieros,  
Hasta su beso esquivo á las morochas,  
Que se duplica luego, argumentando  
Porque fué en la mejilla y no en la boca,  
Tras de la casa donde tales deudas  
Con urgente estrechez el labio cobra.

O en las siestas de invierno, calentando  
Por callana algún tiesto que acolchona  
El rescoldo, al compás de tres varillas  
Que mueven la ceniza abrasadora,  
Se tuesta el grano blanco, florecido

En un puñado de pequeñas rosas,  
Cuya harina es vitualla de camino  
O á la alegre fritada se incorpora.  
Mientras el loro mustio allá en su palo  
Trabaja una palabra remolona,  
Recordando el rastrojo floreciente,  
De propicio color, donde ellos roban,  
Socarrones y corvos como viejos,  
Poniendo guardia en una rama sola.  
Bajo el viento tenaz que peina al rape  
El pajoso faldeo de la loma,  
Las escuálidas manos de la paja  
Llaman indefinidamente. Flota  
En el alero un tímido susurro  
Que balbucea trémulas congojas;  
Y el día, como un pobre con su leña,  
Con su sol poco la jornada acorta.

Con el maiz no bien maduro, y seco  
Al horno, se prepara la chuchoca,  
Que así conserva la feliz dulzura

Del grano tierno en la estación impropia.  
El más craso compone los tamales;  
Del más azucarado hacen los collas  
La chicha borbollada de acideces;  
Y con la capia densa y polvorosa,  
Tercian el amasijo en la batea  
Para mejor enternecer la torta.  
En la chala peinada lía el viejo  
Su tabaco, en que humea el lento aroma  
De algún grano de anís que endulza el humo;  
Y así, desde el umbral donde reposa,  
Le es grato ver el logro de la siembra  
Que, junto con su barba, sobredora,  
Como al amor de un íntimo solcito  
La exhalación de placidez narcótica.  
En una obscuridad azul se ahuman  
Las arboledas con la noche próxima.  
Ladra un perro lejano. La vislumbre  
Da á la blanca pared una remota  
Claridad paralítica de estanque.  
Frescuras de agua cobra  
El lóbrego yuyal donde el mosquito

Con mayor escozor saca la roncha.  
Con maciza paciencia los caballos  
Bajan á la represa en mustia tropa.  
Huele el toro á su vaca lentamente...  
Y el dulce buey que marcha hacia la sombra,  
En la paz cabizbaja de su fuerza  
Concilia la armonía de las cosas.

Al fondo de la casa, bajo el árbol  
Perteneiente, en que de pié se apoya  
Alguna rueda impar en cuya taza  
Suda un trozo de sebo mugres gordas,  
Junto al mortero de estatura recia,  
Como un tosco peon, y en cuya boca  
La tipa de aventar finge invertida  
Un sombrero rural, trampa celosa  
Tienta á los pajaritos del contorno  
Con la mancha de afrecho que la alfombra.  
El cardenal cadete es muy arisco;  
El tordo audaz sospecha de la soga;  
El chingolo entra, pero tiene el hábito  
De escarbar, con que así todo lo eubrolla.

Cuando ha nevado, la mamá permite  
Que los chicos se vayan por las lomas,  
A buscar pajaritos envarados  
Que traen á la casa y que confortan  
En la despensa, hasta que el sol renace  
Y los sueltan, poniéndoles por broma,  
Un poncho de papel donde se escribe  
Con buen palote alguna carta á Europa,  
Para que de allá manden una ñaña  
Que llegará en la primavera próxima.

Así el maizal con su riqueza joven  
La vida entera de la estancia colma.  
Una fiesta rural cada episodio  
De la cosecha y de la siembra adorna.  
Y no hay poesía familiar como esa  
Que, sin saberlo, la temprana moza  
Compone con sus ávidas gallinas  
Cuando á comer, alegre las convoca.

Al remoto *piú-piú* de la llamada,  
Desde el yuyal limítrofe se arrojan  
En rasante cestada de alboroto  
Que remueve á sus pies una bambolla  
De abigarrada trapería, donde  
Cae como un pañuelo la paloma.  
Sobre el patio entablado por la dura  
Limpieza matinal, el sol que asoma  
Cruza una lista de oro mortecino  
En cuya luz se aclaran como gotas,  
Los granos del puñado que provee  
La embuchada pollera una vez y otra.  
Un mechón todavía soñoliento  
Sobre la clara sien se desenrosca;  
Y aunque aquella muchacha no es bonita,  
En el coco ordinario que la arropa,  
Un vientecillo audaz talla de pronto  
Con brusca tirantez líneas graciosas.

Tras una pinta azul de la pollera,  
Un pollito pipiolo se equivoca.

Otro grita pisado por el pavo  
Que rueda lentamente su carroza.  
Y mientras atarea el pato grueso  
Su cuchara lavada entre las sobras,  
Y hacen sonar como contando plata  
Sobre el grano las anchas ponedoras  
Sus picos de maíz precisamente;  
El corsario del gallo se ocasiona,  
Para apretar á la remisa clueca  
Que en un nido falaz pasa las horas.

Oyese, en tanto, en el galpón tranquilo,  
Retumbar las gamellas donde roznañ  
Los lustrosos novillos de la ceba  
Que aumentará la exportación cuantiosa.  
Junto al tilbury el potro ha relinchado  
Percibiendo el morral donde le apronta  
Su ración de trabajo el mayordomo  
Que viéndolo comer su mate toma.  
Aunque es ese buen mozo inglés cerrado,  
Asaz gallardamente se acriolla,

Y dicen que festeja á la entenada  
Del patrón, con reserva ruborosa.  
Lo cierto es que en su media lengua trajo  
Artes y ciencias que el paisano ignora.  
El transformó los bárbaros corrales,  
Las torpes hierrras, las feroces domas,  
Y aseguró en las chacras invernizas  
Que al pronto parecieron anacrónicas,  
FORAGE fresco á los costosos padres  
Que entienden sus maneras y su idioma.  
Y el tronco muscular del eucalipto  
En que su duro y blanco brazo apoya,  
Se amorata de fuerza parecida  
Al levantarse desgrefñado de hojas,  
«Marido de la Pampa» como dijo  
Sarmiento, con palabra creadora.

Sobre el perfil marítimo del médano  
Que la expansión agricola tranforma,  
Alada por las ruedas de los pozos  
En que es el viento acémila industriosa,

La civilización del agua surge  
Con un rumor de cristalina loa.  
Allá lejos, la siembra bien cuadrada,  
Como un estanque verdeguea hermosa;  
El plateado rocío que la suda,  
Un esfuerzo vital en ella evoca.  
Sus eras satisfechas de abundancia  
En el sonoro hectólitro desbordan,  
Y la brisa estival en sus verdes,  
Promesas de agua dulce rememora.

Humedades profundas de la chacra  
Que apiñan abundancia en la macolla,  
Y á la noche florecen de luciérnagas,  
Y en sombrío frescor asean la hoja,  
Y dan porfiado vicio al yuyo loco  
Con que en profundidad fértil y sorda,  
Como lengua de buey la azada mezcla  
Sus bocados de gleba cuando aporcan.  
El esparcido zapallar del cerco  
En su aspereza germinal malogra,

Al empeñoso arrastre de las guías  
El asalto de ortigas y achicorias.  
Con una lenta y clara luz de yema  
Las grandes flores desde abajo asoman,  
Y el rústico plantío así adornado  
Tiéndese al sol cual campesina colcha,  
Que el paso del labriego desordena  
Con extensas roturas de agua honda.  
Véase, un poco inclinada hacia adelante,  
La silueta del hombre que acomoda  
Con las manos atrás, en la pretina,  
Pausadamente su cuchilla roma.  
Ya las vacas ajenas cuyo daño  
Interrumpiera su merienda sobria,  
Lentamente repasan el portillo  
Con pata desganada y cautelosa.  
Localiza el impávido silencio  
Un zumbido concéntrico de mosca.  
En la asoleada soledad vacila  
El papelito de una mariposa.  
Una muñeca que ya está granando,  
Bajo la uña pulgar estriada y tosca,

Descubre como un nene en los pañales  
Su sonrisa de leche entre las hojas.  
Allá, á la vera del maizal, lanzado  
En finas alabardas lo que enflora,  
Se vé en el algarrobo que cobija  
A hombres y bueyes cuando el suelo aprontan,  
El nido de industriosos carpinteros  
Que cala el palo con su negra boca.  
Anoche debió andar la comadreja,  
Porque mucho gritaban á deshora.

Cerca del hombre, abajo, en una tenue  
Crepitación de briznas que se rozan,  
Desliza su vibrátil garabato  
La lagartija en breve escapatoria.  
O es quizá el conejillo de las ramas  
Que acumula en ovillo de zozobra  
Su timidez de chico campesino,  
Y exterioriza en su desliz de bola,  
La obscura redondez del agujero  
De tierra erial, donde infimo se aloja.

En tanto, bajo el haz de los canutos  
Cuya delgadez frágil y sonora  
Se aflauta con translúcida terneza,  
Junto á la calabaza que coloran  
Jaspes y lepras de reptil sombrío,  
Pasa el sapo hortelano su modorra,  
Entornados los ojos y latida  
De lentos pulsos su garganta rosa.

Alabemos al lino que florece  
Y cuyas flores son como pastoras  
De sencillo celeste endomingadas  
Al borde de las sendas polvorosas.  
En colores de lago reunidas  
Acá y allá, dijérase que imploran  
Por el campo feraz que mira al cielo  
Con el pálido azul de sus corolas.  
Fortalece en los tallos la hebra fina  
Que á falta de batán se va de sobra,  
Batida por la llanta en los caminos  
Al retozo del viento, en negras borlas.

Y al azar de los fieles elementos  
Concentra el grano en plenitud oleosa,  
El aceite cuyo oro es luz dormida  
Que en pinceles y lámparas remonta.

Y al tórrido mani cuyo estuchito  
Como una oruga en el mantillo engorda,  
Y en raudal de oro lento se desata  
Bajo las planchas de la prensa sólida.  
O es menudo comercio en las esquinas  
Donde los mercachifles lo pregonan,  
Al oloroso calorcillo de una  
Pequeña y popular locomotora.  
Y al pálido alabastro que congela  
En el puchero la trivial mandioca,  
Con cuyo denso gluten panifican  
El *chipá* guaraní ó ligan la albóndiga;  
O pudren en fermento ponzoñoso  
Para sacar el almidón que esponja  
En la tibia fluxión de la batea  
Los cándidos aseos de la ropa.

Y al coposo algodón que espuma nieves  
De sutil muselina, y cuya mota  
Deja un calor de nido en la ahuecada  
Mano que sus blandicias corrobora.  
En los cerros del Norte las mujeres,  
Recogen para hacer ligeras colchas  
De cinco libras, el capullo enorme  
De los palos borrachos cuya floja  
Corteza de alcornoque, redondeada  
Por contornos de pipa que tachonan  
Como roblones las espinas gruesas,  
Dá propicia oquedad para canas.  
No hay algodón más cálido y brillante  
Para el tejido, pero su hebra es corta,  
Y resiste al morado de la grana,  
Si bien las añilinas lo coloran.

Celebremos la caña del ingenio,  
Con su dorada madurez que empolva

Una escarcha de plata, cuando llega  
Para el recio trapiche la maniobra.  
En muelle cabellera de cascada,  
El bagazo por fuera se amontona,  
Mientras digiere el ardoroso tacho  
En densidad de fuego la melcocha  
Cuyos oros de flavo caramelo  
Cristalizado ya en blancuras mórbidas,  
Encumbrando magnífica montaña  
De tibio azúcar, el galpón acopia.

En la entraña de cobre el lento rayo  
Que filtra vertical la claraboya,  
Desasosiega el brillo de una airada  
Pupila de faisán. La negra boca  
De algún estanque, con febril vahído  
Exhala el tufo de fogoso aroma  
Con que á su alto alcohol el alambique  
Refina en palidez vertiginosa.  
En el tráfigo de la maquinaria,  
Suda el fierro. Ataréase afanosa

La veloz flotación de las correas.  
El excéntrico alterna con sus bolas.  
Y en el hondo calor, de rato en rato,  
Como un consuelo de frescura tónica,  
Un trago de guarapo clarifica  
La sed, con sus primicias alcohólicas.

Conmemoremos la feraz delicia  
De la viña solar en cuyas hojas  
Retardan los ponientes del otoño  
Sombrias quemaduras de oro rosa.  
En el párpado lóbrego de la uva,  
El punto de luz pálida que flota,  
Prefigura la lágrima de almibar  
Que ya maduros los racimos lloran.  
Dá á la cuba su jugo licoroso  
El noble moscatel de La Rioja,  
Que en su fuego interior de piedra fina  
La generosidad del sol prolonga.  
Con su vivida sangre alegre al pueblo  
El ligero morado de Mendoza,

Cuyas bodegas prósperas amueblan

De roble colosal las cuarterolas.

*Cubas hond*

Saludemos al plácido borracho

Que entre el rumor de la vendimia pródiga,

Junto á su perro fiel, harto de orujo,

Sonoros sueños á la siesta ronca,

Porque cayó rendido ante las cepas

Con el *tomo* y *obligo* de las mozas.

Las ahumadas mosquitas del vinagre

Ponen en su nariz muecas de broma;

Y su mano instintiva que divaga

Con golpes de pantalla perezosa,

Parece dirigirse todavía

Hacia la vid materna que le apronta,

En la ubre dorada del racimo

Regalos de nodriza carifiosa.

Ebrio como él, algún zorzal flautista

En la limitrofe arboleda trova;

Y el hondo corazón de la alameda

Se ha puesto á susurrar la tarde próxima.

Con tal que alguna manga de granizo  
No venga á trastornar aquella gloria,  
Con su torvo espesor de viña mala  
Y su honda rotación de pipa sorda...  
Ni el cañon de la piedra hay ocasiones  
Que contener las tempestades logra.

Y digamos del frijol substancioso  
Que hincha sus granos de ordinaria loza  
Como burritos blancos, ó los pinta  
Como gatitos, que ávida atesora  
La apuesta de los juegos invernales  
Con que los chicos su fastidio acortan.  
Y del sabor doméstico del guiso  
Que en la formal cazuela los estofa,  
Y del colmo legal de la fanega  
Que clasifica su cosecha pródiga.  
Y de la avena suavemente rubia  
Que cual doncella lánguida se dobla.  
Y del frugal centeno que salpican

De sangre juvenil las amapolas.  
Y del sorgo melifluo cuya paja  
Susurra los quehaceres de la escoba.  
Elegante enemigo del canoso  
Algodón, que los surcos le abandona.

Y del arroz palúdico que rinde  
Tesoro fiel de millonario aljófara,  
Dando en el nácar de sus dientecillos,  
Suave hartura á las tierras amistosas.  
Como acuarela pastoril su siembra  
Con endeblez pluvial el campo adorna,  
Cifrada por la letra pensativa  
De la escuálida garza que le asocia,  
Una suave poesía japonesa  
En muaré de laguna melancólica.  
Luce el primor sencillo de su paja  
En el mimo gentil de las capotas;  
Y en virginal candor de velutina  
Crepusculiza la floral aurora  
Del rostro de la linda adolescente

Que á su cuadro poético se asoma,  
Como alumbra en las fútiles pantallas,  
Tras de agudo arrozal la luna rosa.

Congratulemos á la dulce ciencia  
Del pacífico agrónomo que explora  
En el paciente surco los secretos  
De la plantas amigas, con sus toscas  
Manos, en que la noble geometría  
Habitó rectitudes bondadosas.  
Su seriedad tranquila de ingeniero  
Sabe las amistades promisorias  
Que aunan con las plácidas legumbres  
La tribu de gramíneas sediciosas.  
Y el solidario griego que ya Plinio  
Preconizaba en su agradable Historia;  
Y el amable latin con que Linneo  
Refloreció á Catón y á las Geórgicas.  
Y el régimen del riego que hondamente  
Tranquiliza la tierra trabajosa  
Con su manto feraz, y el calendario

De las lluvias felices que la aprontan.  
Y el cálculo del agua subterránea  
En las alegres minas de la noria;  
Y las tareas del sensible ingerto;  
Y el sarmiento viril con que amugrona;  
Y los recomendables carbonatos,  
Y los sulfuros de salubre droga,  
Que estirpan á la hormiga y al gorgojo  
Y la agria madre del barril mejoran.  
Y el silo previsor donde se aceda  
En evolución sabia y calurosa,  
El forraje estival, oliendo á sidra.  
Y el bien futuro de la aldea ignota  
Donde se casa al fin, y lleno de hijos,  
Se pacifica en dejadez bucólica.

Oh maternal Botánica que ilustras  
Con la miel erudita de tu idioma,  
La virtud de las flores y las hierbas  
Que las barbas científicas aroman,  
O con suave interés familiarizan

La paz de las doncellas estudiosas.  
Oh tierra segurísima que ofreces  
Como una teta enorme à nuestras bocas  
El duro bien de la existencia, y cuando  
Viene la muerte fiel como la sombra,  
Que tan sólo al ponérsele á la espalda  
La tarde breve, el caminante nota—  
El mismo seno à nuestra sien provee  
La continua almohada sin zozobras,  
Donde á la Gran Serenidad nos lleva,  
El fin de la jornada valerosa.

Cantemos las primicias de la lana  
En la cordura honesta de la ropa;  
Y en ese bienestar equitativo  
Que al vecindario dan las casas propias;  
Y en esa gravedad que economiza  
Los pasos de las madres numerosas,  
Como honesta balanza bien cargada;  
Y en ese encanto de invernales horas,  
Que la velada hasta las diez hilaba  
Con paciente virtud, contando historias.

Aldabeaba el chubasco en los postigos,  
Llorando los lamentos de la honda  
Noche exterior deshecha en aguacero  
Sobre la pampa bostezada en sombra.  
Adentro, junto á la pared, se oía  
En un cacharro el canto de una gota;  
Pero las altas vigas afirmaban  
Con una recta solidez de eslora,  
Aquel amparo de la paz interna  
Cuya seguridad satisfactoria,  
Parece que la vela concentrara  
En su yema de luz quieta y metódica.  
Y la madre pensaba en las ovejas  
Recien paridas, que caminan solas  
En incesante marcha por los campos  
Cuando las lluvias frías las acosan,  
Al azar de la ráfaga empapada,  
Con doliente humildad una tras otras,  
Las pobres con sus hondos lagrimales  
De vieja rubia, son tan lastimosas...

—Tendremos mortandad en los corderos

Decía su palabra previsor.

Y á poco rato, el padre, confirmando

La resignación grave de sus horas,

Ampliaba el parecer de la consorte

Con palabras escasas y juiciosas.

—Allá por el 63, en tiempo

De Mitre... Y los recuerdos de su crónica,

En la barba entrecana resumían

La evidencia inherente de las cosas.

—Al fin no se han de derretir (bromeaba

Por animar) como esas de las monjas.

Las crespas ovejitas de confite

Que eran industria conventual de Córdoba.

Mas en ese momento, por la puerta

Que para entrar, cargada con la loza,

Ladeaba la sirvienta — ¡Santa Bárbaral—

Se oía en conmoción deslumbradora  
La pedrada de un trueno que allá arriba  
Rompía con fractura luminosa,  
En el alto balcón de la tormenta  
Un lívido cristal de claraboya.  
Y á la densa premura del chubasco  
Que arreciaba, la voz de la patrona  
Decía: —Va á llover toda la noche,  
Cierren bien el galpón, María Antonia.

En tanto el huso familiar labraba  
Cual crisálida que intima se apronta,  
La prez de los domésticos vellones  
--Nieve en que el sol de estio se prorroga.—  
Y decía el telar de los hogares  
Que una genuina estética valora,  
Como cítara extensa en que son música  
Los colores campestres de la colcha.  
Y las bellezas del rebaño antiguo  
Que el perro conducía por las lomas,  
Con una sensatez de esfuerzo útil

Y una seguridad de ser persona;  
Pues sabía contar, y separaba  
Si había mezcla, una majada de otra,  
Hasta hacer el total exactamente  
De la que obedecía á su custodia.

Así el antiguo campo se bastaba  
En aquel tiempo de abundancia ociosa,  
Cuando eran menos caras las ovejas,  
Cuando la cabra productiva y sobria,  
Se empinaba á roer la espina verde  
En el risco difícil que corona.  
En tanto, los cabritos, en la casa,  
Del horno familiar hacían roca,  
Para ensayar la atávica pirueta  
O esbozar bruscamente luchas cómicas.  
Lindos como niñitos pululaban  
Con agilidad suave y cosquillosa,  
Acentuando su mimico rabillo  
La petulante mueca de la broma.  
Y ante los más bonitos que tenían

Al cuello dos minúsculas bellotas,  
Bien se deseaba una hermanita beba  
Para hacerla jugar á la pastora.

Entre los dedos de la madre el huso  
Continuaba diciendo la congoja  
Del pobre cabritillo degollado  
Que con un grito tan doliente llora.  
Y la muerte distinta del cordero  
Que al sacrificio proverbial se dobla  
Con sumisa quietud, siendo esa muerte  
Una mirada blanca y silenciosa.  
Y el áspero morueco de los pobres,  
Con su lana plebeya y su asta en rosca.  
Y el chivo socarrón de ojo amarillo,  
Que en su barba almizclada filosofa.  
Y las vacas cornudas y pequeñas,  
Y las yeguas pintadas y avizoras,  
Y la campaña igual donde eran dueños  
Pobres y ricos en la misma norma.  
Y el rancho con su tala y su pareja

De teruteros, en la playa próxima;  
La vivienda paisana que tenía  
Por vecindario, en su quietud dichosa,  
Todos los caminantes de los campos,  
Todas las golondrinas de la aurora.  
No vé sin emocion el hombre viejo,  
Sobre el árido tronco puesta á la obra,  
La pareja de horneros que fabrican  
En barro elemental la misma choza.

Cantemos á la carne brava y fuerte,  
Que enciende el fuego de la vida heróica,  
En el bocado previo del combate,  
En la ración del labrador que torna.  
Temple en el brazo activo; flor de llama  
En el ramo arterial de sangre roja;  
Calor de inteligencia y de coraje;  
Fundamento de razas vencedoras.  
Robusta hermana de la sal y el vino,  
En su excelencia substancial se enconan  
Con agudezas de sabor los dientes

Chispeantes de la sal, y es mutua gloria  
El buen color del vino que sonríen  
Las mejillas bermejas de la copa.  
Su olor de fortaleza y de apetito  
Alegra el campo y al olfato arroja  
El cruel ardor de la quemada grasa  
Que de áspera avidez la entraña ahonda.  
Junto al fuego amistoso el perro aceza.  
Modera el gaucho con destreza estoica,  
En la obstada premura de su fuego  
La paciente merienda que elabora.  
Y mientras en la intimidad del poncho,  
Su atizado pregusto el mate acorta,  
La costilla florece de gordura,  
Estimulando con delicias próximas,  
La viva delgadez de árida brisa  
Que el circunstante pajonal le sopla.

En su emulsión do lejiviada pella  
El campestre jabón se perfecciona,  
Al amparo habitual de la ramada

Cuyo techo apedrea con sus costras,  
La sal que condujeron los peones,  
Húmeda aún, de las salinas ópimas,  
Donde el lívido jume reconcentra  
Las acerbos legías de la obra,  
Cuyo grado se mide con un huevo  
Que entre la espuma de la mezcla flota.  
Y el derretido sebo, defecando  
Su apetitoso chicharrón, apronta  
En la mecha los júbilos caseros  
De la vela paciente y lacrimosa.

Cantemos á la leche cuyo gusto  
Sabe á beso infantil en nuestra boca.  
La leche, plata líquida del pobre,  
Que las jícaras blancas alborozan,  
Y en el aro del queso se amoneda,  
Y en lo más tierno del manjar provoca.  
Abramos á las míseras infancias  
El dulce manantial de la ubre rosa,  
Y al prodigarse floreciendo en niños,

Esa prosperidad tenga su gloria.  
Como en los Paraísos legendarios,  
Ríos de leche nuestra dicha portan.

Oh alegre vasco matinal que hacía  
Con su jamelgo hirsuto y con su boina  
La entrada del suburbio adormecido  
Bajo la aguda escarcha de la aurora:  
Repicaba en sus tarros abollados  
Su eclógico pregón la leche gorda,  
Y con su rizo de humo iba la pipa  
Temprana, bailoteándole en la boca,  
Mezclada á la quejumbre del zorcico  
Que gemía una ausencia de zampoñas.  
Su cuarta liberal tenía llapa,  
Y su mano leal y generosa,  
Prorrogaba la cuenta de los pobres  
Marcando tarjas en sus puertas toscas.

Oh comadre lechera de los pueblos

Que arrebuja en su rebozo trota  
Sobre la blanda burra, al vago azote  
De la pichana, conduciendo entre hojas  
De aromática higuera sus quesillos  
Con dejadez arábica y monótona:  
En ella pasa la poesía vieja  
Del tambo matinal donde retoza  
La ternera precoz del campo abierto  
Junto con su chinita ya pintona.

Hacia el corral donde en la tibia ordeña  
Prefieres á la baya ó á la hosca,  
Que emparejados los garrones recios  
Por tres vueltas de sogá,  
Con un mugido perezoso y vago  
El lento morro hasta la ijada tornan  
Al amor de la cría—en fiel coloquio  
Vas una suave tarde con tu novia,  
Que está más delgadita de quererte  
Y expresa una fatiga de corola.

En el jarro vacío el chorro agudo,  
Como un niño dijérase que llora;  
Y en la espuma del que se va llenando,  
Enronquece un arrullo de paloma.  
Un olor de heno fresco y de aceituna  
Exhalan las boñigas; más sonora  
Canta la rana del jagüel vecino;  
Y en su puerilidad de alma dichosa,  
La niña te sonríe con los ojos  
Al ocupar sus labios en la copa.

Las vacas montañesas de mi villa,  
Cuando pacen la grama de las lomas,  
Tienen la mejor leche para el queso;  
Mas, como no son finas, es bien poca.  
Si comen albahaca y altamisa,  
Suele volverse amarga y olorosa.

Quando las toca un año llovedizo,

Es también increíble lo que engordan.  
La que se queda sin parir, entonces,  
Solamente será por ser machorra.  
Y cómo alegra el alma su mugido,  
Cuando al caer la tarde calurosa  
Que expía una sequía de ocho meses,  
Del horizonte grávido que arroja  
Su escobazo de viento preventivo,  
En que grita ordenando alzar la ropa  
Una aflautada voz de lavandera—  
Viene ya el agua eléctrica y sonora,  
Hinchada en un sombrío azul de breva,  
Mientras un colosal cielo de tromba,  
Con retumbos hidráulicos de fresco  
Tonel, sobre los campos se desfonda.

Y braman ellas escarbando el polvo  
Que rellena la cuenca pedregosa  
Del río seco que al lugar da nombre;  
Y en su salvaje anhelo se prolonga,  
El gemido amoroso de la tierra

---

Que á la preñez magnífica se apronta.

Cantemos la excelencia de las razas  
Que aquella sangre indígena mejora,  
Con el marmóreo Durham de los premios,  
Con el Hereford rústico que asocia  
A la belleza de su manto rojo,  
En blancura total cabeza y cola.  
Con la negra nobleza que propala  
El Polled-Angus de cabeza mocha.

Y al grueso potro de color de peltre,  
Que derrumbando el anca montañosa  
En pulimento escultural de fuerza,  
A paso colosal mide las trochas.  
Y al alazán que con intenso trote  
Refucila su hebilla en la carroza,  
O lanza su relincho perentorio  
En la manada que bravío atropa.  
Y á la concisa yegua de las pistas,

Con su cabeza adolescente y floja  
Donde el alto linaje se empenacha  
De alado fuego en la gloriosa hora,  
Cuando el ímpetu audaz de la carrera  
En viva cinta de aire se prolonga,  
Restallada en aplausos que definen  
El alborozo cruel de la victoria.

Y al pequeño caballo que en las sendas  
De la región criolla,  
Con su paisano soñoliento encima,  
En un vigor reconcentrado trota.  
El de las duras guerras en que hicimos  
Las hazañas aquellas de la historia.  
El heroico de Salta y de los Andes,  
El triste que en las épocas penosas,  
Sobre la pampa mártir de sequía  
Cumple el arduo servicio de la posta.  
El fiel de las angustias sin amparo  
Que confían al chasque su zozobra,  
Cuando urge el parto cruel y la epilepsia

En la desolación brama horrorosa.  
El que ordenó las bárbaras dehesas  
De la frontera desbordada de hordas,  
Y en la final conquista del desierto,  
Sumiso y militar sirvió con Roca.  
El que en su vil pelambre guarda el fuego,  
Como el tronco la brasa que lo dora,  
Con esa mansedumbre del coraje  
Que su alma elemental acondiciona.  
El que huele á hombre fuerte en el descanso  
Y á fiebre inquieta en las ingratas obras,  
Y es la última amistad del gaucho libre  
Que al despoblado la injusticia arroja,  
Dejándole por únicos haberes  
La firme daga y la guitarra sorda,  
Que habla bajo, pasado á la cintura  
El brazo del varón, como una esposa.

Cuando al final de intrépida jornada  
Que al doméstico encanto nos retorna,  
Mientras él, aun jadeante, se refriega

El ojo en la rodilla temblorosa,  
Al ladrido del perro los que aguardan  
Salen llenos de plácemes y de ¡holas!  
Entre un ruido de espuelas, todavía  
En el extremo de la rienda floja,  
Con saludo cordial se unen las manos  
Y la cola del can tunde las botas.

Se amustia el cielo. La primer estrella  
Salta en el vago azul como una gota.  
Y en la cocina negra el primer fuego,  
Como un gallo dorado se arrebola.

Todavía inconcluso el primer mate,  
Salimos con idea previsoras,  
A averiguar si hay pasto suficiente  
En el cerco habitual donde acomodan.  
El fatigado lomo aún exhala  
Su dejo de churrasco en las caronas;  
Y con una palmada al anca escueta,

La ternura viril que nos mejora,  
Paga — ¡pobre animal! — en brusco mimo,  
Aquel caudal de fuerza generosa.

Cumplamos con el buen veterinario  
Cuya modesta medicina aploma  
Los miembros aquejados por el duro  
Esparaván, ó por la llaga crónica  
Que el linimento con unción tranquila  
Viene á colmar de lenidad piadosa.  
Oh! dulces ojos de la bestia enferma  
Que nuestra avara caridad imploran,  
Con un dolor sumiso é inocente  
Que á nadie culpa la maldad incógnita.  
Hombre que alivias al caballo viejo,  
Dándole agua y quitándole las moscas:  
Cuando el llanto consuele tu alma obscura,  
Sabe que es aquella agua lo que lloras.

Reclamemos la enmienda pertinente

Del código rural cuya reforma,  
En la nobleza del derecho agrícola  
Y en la equidad pecuaria tiene normas,  
Para dar un sabor de égloga ruda  
Al canon de la ley satisfactoria,  
Cuya sana belleza de justicia  
Como un verso el artículo conforma.

Cantemos la confianza del viaje  
En la certeza de la mula cómoda,  
Que sabe con su pata los atajos  
Y con su oreja las alarmas lógicas,  
Vibrante en el bufido que les planta  
Con el celo inicial de una pistola.

Por el lento crepúsculo teñido  
De vislumbre lunar, marcha la tropa.  
Los carros vienen como conversando  
Con el carril de platitud sonora,  
Cuya orilla derecha sobrepasan

Vagas aún las movedizas sombras.  
Las mulas veteranas y parejas  
Cumplirán la jornada algo á deshora,  
Porque ese medio día faltó el agua  
En el jagüel que llaman de los Soria,  
Donde á real por cabeza las abrevan  
Mientras la peonada se raciona.  
Pero bien sabido es que entonces basta  
Con soltarlas un poco, pues muy sobrias,  
Con tal que puedan revolcarse á gusto,  
Luego para la marcha se recobran.  
Sólo aflojaron dos tordillas grandes,  
Las más maulas también porque eran romas;  
Y con ellas dejaron al marucho  
Que cuida la mulada de la tropa,  
Y en sus trece años, toscos de tarea,  
Para cumplir, como el mejor se porta.

Ahijado del patrón todos extrañan  
Que en la escuela del pueblo no lo ponga.  
Dicen que hay una ley que así lo ordena,

Pero quien ha de abrir por él la boca,  
Si el mismo capataz no está seguro  
Cuando, los días de elección, no vota  
Como todo mensual «por don Fulano»,  
La lista que al fin poco les importa.  
El se contenta con un saco viejo,  
Media libra de pasas y una trompa.

Detrás, pausadamente talonea  
El capataz su zaina cadenciosa.  
En el chifle de cuerno un resto de agua  
Va gorgoteando sofocada y sorda.  
Mañana, si Dios quiere, con la fresca  
Se acercarán al pueblo donde próspera  
La tienda espera su mercadería;—  
Y entrarán por la calle barrancosa  
A los compases del clarín alegre  
Que él como anuncio del arribo toca.  
A la par suya trotará su cuzco  
Plumereando alegrías con la cola;  
Y sumiendo la arena irán las llantas,

Y será el caso de estrenarse botas,  
Y restallar la chispa de los látigos  
Entre una polvareda victoriosa.

La tienda estará allí sombría y fresca  
Con su cortina de pesada lona,  
Donde un gran lamparón de kerosene  
Trasluce el sol aglomerando moscas.  
Un comfortable olor de caña y yerba,  
Sale en la bocanada de su sombra.  
Puntea el sastre, cabalgando un tercio,  
Un pasacalle de guitarra ociosa.  
Detrás del mostrador el dependiente  
Despacha á una esponjada señorona  
Que regatea y prueba con saliva  
Un percal de firmeza sospechosa.  
—Podemos enseñarle la factura  
Argumenta el audaz con labia pronta.  
Y su ala de pichón, enaceitada  
De Tónico Oriental, y su simbólica  
Solapa constelada de alfileres,

Ponen tal elegancia en su persona,  
Que con razón á todas las muchachas  
Se les hace por él agua la boca.  
Sólo el telegrafista le compite  
Cuando á la tarde en su tubiano asoma.

Afuera, denunciando que el negocio  
Es casa fuerte, de las dos que acopian  
Frutos, y prestan á interés, un cuero  
Estaqueado, el caliente piso alfombra.  
Húmedo de colores como un mapa,  
Que azulan podredumbres transitorias,  
Asusta á los esquivos redomones  
De la rural clientela que anda en compras,

Socarrando las rojas verdolagas  
De la plaza desierta, el sol acosa.  
Un caballo tranquilo, allá á lo lejos,  
Camina por la falda de una loma.

A todo esto llegaron ya á la aguada  
Y ante un buen fuego el costillar aprontan,  
Mientras las mulas ramonean algo  
Y el marucho atrasado se incorpora.  
Un nocturno reposo de agua obscura,  
Que cercan cocos de crujiente copa,  
Consuela los afanes de la marcha  
En el silencio de la noche hermosa.  
Algún tuco atraído por la hoguera,  
Sesgo trazo de luz tira en la sombra,  
Y en su efluencia de estrellita errante  
Titubea un momento y luego toma  
La dirección de azar, que les indica  
Dónde estarán la suerte ó la algarroba,  
Cuyos rubios puñados con susurro  
De seco cascabel cargan la fronda,  
Como á compás con las cigarras émulas  
Que al taciturno santiagueño arroban,  
Con la añoranza rústica del pago  
En un pregusto de ácidas alojas.

Al olor montaraz de las jarillas  
Exhaladas en brisa resinosa,  
Mezclan su pimentado terebinto  
Los espinosos cocos que allá brotan.  
Y el capataz les cuenta los viajes  
En las grandes carretas crujidoras  
Que dilataban su áspero quejido  
Por travesías llenas de zozobra.  
De temor al salvaje hasta llevaban  
Un cañoncito y varias tercerolas;  
Y si acaso en las noches de tormenta  
Debían desvelarse haciendo ronda  
En torno de los bueyes intranquilos,  
Era grande la alarma de esas horas.  
Sólo les permitían que fumasen  
Bajo los ponchos cuya urdimbre tosca,  
Soportaba los largos temporales  
Que los campos tristísimos entoldan,  
Deshilachando en lluvias inclementes  
El largo harapo de las nubes lóbregas.

Como no hay en qué atar por esos llanos  
Y la estaca clavada es peligrosa  
Porque el retumbo se oye por el suelo  
Y el indio en esto nunca se equivoca,  
Aseguraba el capataz su mula  
Con una taba ó una leña corta  
Que amarrada á la punta del cabestro  
En un hoyo se entierra y apisona.  
Y aunque tire, dejuero que no arranca  
La bestia más matrera y cosquillosa.

Apenas se ocupaba en ese tiempo  
El ganado mular para las tropas,  
Á no ser en las arrias sanjuaninas  
Que llegaban al pueblo con sus tortas  
De alfajor, y sus rubios orejones,  
Surtidos en la carga promisoría  
Con la pasa mollar y la aceituna  
Sobre los grandes bastos de totora.

Y pasaban los mozos estribando  
En sus capachos de madera sólida;  
Y el alto capataz con su trabuco  
Y su macho bragado en cuya boca  
Sangraba el freno Peñaflor, y aquellas  
Espuelas formidables y sonoras  
Que rinden á la bestia palpitante  
En los duros tragines de la doma,  
Cuando el robusto corazón se sube  
En borbollón de gárgara ardorosa,  
Y el entusiasmo con sabor de fuerza  
Los corajudos miembros corrobora,  
Y encarniza el instinto con su soplo  
De rabia audaz, una crueldad de gloria.

El asado ya está. Divaga á ratos  
Con lastimeros sonos en la sombra,  
El cencerro cordial de la madrina  
Que pasta por allí con pausa sorda.  
Y de pronto, en lo extenso de los campos  
Donde la dulce soledad ahonda

La sensibilidad de su silencio  
Soñado por estrellas melancólicas,  
Una mula rebuzna á la querencia  
Con nostalgia tan íntima y remota,  
Que como una mujer abandonada,  
Penas de hogar parece que solloza.

Y cantemos al asno mendicante,  
Con su tosco sayal que aun desmejora  
El haz de leña de las tardes frías  
En que parece envejecer la choza.  
Y al bronco cerdo que madura en grasa  
Anticipando la repleta olla  
Al hondo borbotón de sus gruñidos.  
Y al pavo matamoros que resopla  
Explosivas sazones de marmita.  
Y al primor campesino de la oca,  
Cuyo alelado escándalo insinúa  
El trajín promisorio de la loza.  
Y á la modesta gallineta que huye  
Con paso de mucama perentoria,

Y remeda á la lima del herrero,  
Atareada como él desde la aurora.  
Y al surgente avestruz de la pradera  
Que con silbo haragán vagando engorda,  
Y fértil rinde su costal de huevos,  
Y cuando va á llover corre y esponja  
Su flotante calzón arremangado  
En los sesgos fandangos que retoza.  
Y hay que verlo tenderse en las boleadas,  
Desordenando la gambeta ilógica  
Como mancha de luz que refucila  
Un espejo, al zumbido de las bolas.  
En veloz convergencia lo arremete  
El gauchaje, palmeándose la boca.  
Con sordo borbótón hierve la tierra  
A los tropeles bárbaros de la horda.  
Hasta que, ya rendido, y bien seguro  
El volumen de pluma en las alforjas,  
Al fuego del vivac asan su agudo  
Caparazón, con lentitud metódica,  
Dándole por relleno tres guijarros  
Recalentados, pues así se apronta

La picana con piedra que el rescoldo  
Como un pastel por fuera perfecciona.

Celebremos los claros palomares  
Que embanderan de blanco las palomas.  
Y el conejo pueril en cuyo hocico  
Pulula la esquivez como una mosca,  
Y que bajo un repollo acurrucado,  
En el fondo sombrío de las hojas  
Funda una linda capillita blanca.  
Y la colmena que en labor metódica,  
Es el encanto de los bellos días  
En que el campo llovido se emociona,  
Y encomienda á las alas de la abeja,  
La quinta en flor el polen que desborda.

Como era fiesta el día de la patria,  
Y en mi sierra se nublan casi todas  
Las mañanas de Mayo, el 25  
Nuestra madre salía á buena hora

De paseo campestre con nosotros,  
A buscar por las breñas más recónditas,  
El panal montaraz que ya el otoño  
Azucaraba en madurez preciosa.  
Embellecía un rubio aseado y grave  
Sus pacíficas trenzas de señora.  
Seguíanla el peón y la muchacha.  
Y adelante, en pandilla juguetona,  
Corríamos nosotros con el perro  
Que describía en arco pistas locas.

Con certeza cabal decía el hombre,  
—Aquí está el camuatí misia Custodia.  
Que así su nombre maternal y pío,  
Como atributo natural la adorna.  
Aunque aquí vaya junto con la patria  
Toda luz, es seguro que no estorba.  
Adelgazada por penosos años,  
Como el cristal casi no tiene sombra.  
Después se nos ha puesto muy anciana,  
Y si muere sería triste cosa

Que no la hubiese honrado como debe  
Su hijo mayor por vanidad retórica.

Ahumadas las abejas de allí á poco,  
Al reparo de alguna peña hermosa  
Disfrutábamos juntos la cosecha  
En la gran paz de la campaña sola.  
Todavía en las ramas de los cercos  
Y en alguna ladera barrancosa,  
Flores de mechoacán y escorzonera  
Daban al año retardada pompa.  
Entre los huecos del peñasco, llenos  
De doradilla purificatoria,  
Juntaba alguno para hacer gallitos,  
Caracolillos de voluta cónica.  
Punzaba la quietud con lento arrullo  
Allá en su breña la acentuada tórtola;  
Y el cielo suave donde ya el nublado  
Se adelgazaba con pereza mórbida,  
Empañado como una jarra fresca,  
Daba al aire blandicias deliciosas.

Venía el padre á veces en su mula,  
Habiendo visto el humo de la obra,  
Cuando por el camino asaz distante  
Regresaba á la casa. Su sonora  
Palabra de cariño y complacencia,  
Como el pan bien asado era sabrosa.  
Colgada del arzón su carabina  
Aun exhalaba un denso olor de pólvora.  
Es que había cazado una corzuela  
Que con el capataz envió por otra  
Dirección; y también había visto  
En la represa solitaria y honda,  
Patos de esos cafés de alas azules  
Cuya carne bravía es tan gustosa.  
Ah gloria de las claras mañanitas  
En el tallar tranquilo que se explora  
Con la escopeta al hombro, en un silencio  
Lleno de claridad, sobre una blonda  
Arena de ribera, susurrada  
El alma fresca por murmullos de hojas.  
De agua, silencio y sol está compuesta

La plácida belleza de la hora.  
Huele el sauzal endeble á barniz nuevo,  
Rubio de luz escuálida y notoria.  
Muy lejos, en la punta de algún árbol,  
Una urraca saluda con la cola.  
Y mientras nos contaba todo aquello,  
El buen padre jovial nos daba escolta.  
Montando por delante al más chiquillo  
Que pedía galope, á rienda corta  
El andar de la bestia mantenía  
Paralelo á la senda donde toda  
La familia marchaba de regreso  
Al mismo paso y en la misma forma.  
Sólo el perro, á la vera del estribo,  
Iba anhelando cabizbajo ahora.

Así en profunda intimidad de infancia,  
El día de la patria en mi memoria,  
Vive á aquella dulzura incorporado  
Como el perfume á la hez de la redoma.  
¡Feliz quien como yo ha bebido patria,  
En la miel de su selva y de su roca!



Las ciudades



Á BUENOS AIRES



## V

Primogénita ilustre del Plata,  
En solar apertura hacia el Este,  
Donde atado á tu cinta celeste  
Va el gran río color de león;  
Bella sangre de prósperas razas  
Esclarece tu altivo linaje,  
Y en la antigua doncella salvaje  
Pinta en oro su noble sazón.

Arca fuerte de nuestra esperanza,  
Fuste insigne de nuestro derecho,

Como el bronce leal sobre el pecho  
Asegura al país tu honra fiel.  
La genial Libertad en tu cielo  
Fino manto á la patria blasona,  
Y eres tú quien le porta en corona  
El decoro natal del laurel.

En tu frente, magnífica torre  
De la estirpe, tranquila campea  
Como amable paloma la idea  
De ser grata á los hombres de paz.  
Tu esperanza la impulsa y parece  
Cuando así su remonte acaudalas,  
Que de cielo le empluma las alas  
Aquel soplo pujante y audaz.

Joya humana del mundo dichoso  
Que te exalta á su bien venidero,  
Como el alba anticipa al lucero  
Aun dormida en su pálido tul,

Cada vez que otro día dorado  
Te aproxima á la nueva ventura,  
Se diría que el sol te inaugura  
Sobre abismos más claros de azul.

Certidumbre de días mejores  
La igualdad de los hombres te inicia,  
En un vasto esplendor de justicia  
Sin iglesia, sin sable y sin ley.  
Gajo vil de ignorancia y miseria  
Todavía espinando retoña,  
Sobre la áspera cruz de Borgoña  
Que trozaste en los tiempos del rey.

Tenga el agua veraz de tu fuente  
Cada labio sin sed por testigo,  
Y el honesto vigor de tu trigo  
Cada buen corazón por raíz.  
Y en el lícito patio de todos,  
Al encanto social de tu alianza,

Como el gusto del pan la confianza  
Sea el goce del día feliz.

Simpatiza á los dioses que trae  
Con sus penas la gente confiada,  
Como al pobre que llega, en la grada  
Presta el mármol su tabla imparcial.  
Y tu clara ilusión de concordia,  
Dirimiendo los cultos precarios,  
Sustituya á sus negros Calvarios  
Una gran caridad de ideal.

Ser la *Villa de Plata* que tiene  
La franqueza por llave sonora  
Y por puerta de calle la aurora,  
En visión de solícito Edén;  
Dar á todos los tristes consuelo,  
Sin dejar de ser noble y ser bella,  
Como no se aminora la estrella  
Porque haya ojos que amantes la ven;

Esa es la misión que el destino  
En la patria futura te asigna,  
Como ayer por valiente y por digna  
Fué la gloria tu prenda de honor.  
Para ser la feliz y la justa,  
Que tu propia esperanza nos debe,  
Haz que sean el amo y la plebe  
Mies pareja de buen sembrador.

Que en la misma igualdad de justicia  
Se confundan la plebe y el amo,  
Cual la flor y la espina en el ramo  
Que vincula olorosa virtud.  
Lo que pena en tu siglo naciente,  
Es dichoso dolor, ansia tierna,  
Con que la honda delicia materna  
Fructifica en triunfal juventud.

No relegues por vana quimera  
La esperanza que en tí puso el triste.

Es más arduo ser libre y lo fuiste  
Al tajar de la espada veloz.  
Tu labor de ideal odia al hierro,  
Mas no olvide su noble fatiga,  
Que el lozano vigor de la espiga  
Necesita buen filo en la hoz.

Mientras llega á ese triunfo la hora  
De cantarlo el poeta futuro,  
Y el capuz de su germen oscuro  
Tu simiente de luz rompe al fin;  
Cobre el timbre filial de mi canto,  
Precedente elocuencia en tus bronce,  
Y el Pampero le preste hasta entonces  
Valeroso y ufano clarín.

A MONTEVIDEO



## VI

Noble hermana que en blanco y celeste,  
Igualándose á la otra revela,  
Simple gracia de hermana gemela  
Que se viste del mismo color;  
Nuestro río natal te apellida  
De *Argentina* en la épica innata,  
Y ese claro vocablo de plata  
Nos sonríe cariño en su albor.

Abundado de lauros el triunfo  
Que los días mejores afama,

Sepa el mundo que *nuestro* se llama  
Por divisa de excelsa virtud;  
Desde el día en que el astro paterno,  
Encendió con histórico rayo,  
Sus dos frescas estrellas de Mayo  
Sobre el pálido abismo del Sud.

San José, La Colonia y Las Piedras  
Por el Himno cordial celebradas,  
En las proto-victorias ganadas  
Al impulso del Grito inicial;  
Son decoro feliz de tu pueblo,  
Que al unir nuestras almas amigas,  
Nos revive en la gloria de Artigas  
Un orgullo de Patria Oriental.

A la luz del romántico sino  
Que heroseó tu arrogancia morena,  
Nuestros vates de noble melena

Te quisieron como á una mujer;  
Sin que el caso de amarte impidiese  
Que en tu gracia admiraran lo mismo,  
El perenne ideal de heroismo  
Que embandera de gloria al deber.

Fiel á Mayo, las libres ideas  
En tu ley se anticipan triunfantes,  
Como á fuer de oriental gozas antes  
La ventaja del día viril,  
Que con ojo de sol *ve tu monte*  
Limitar la marítima zona,  
Como un seno dispar de amazona  
En beldad peligrosa y gentil.

Para la alta equidad del futuro  
Que prolongue la gloria pasada,  
Cual la prez de la llama dorada  
En el claro tenor del metal;

Nuestras manos son fuertes hermanas,  
Y, corona del triunfo sereno,  
Sobre el mundo más justo y más bueno,  
Ha de ser nuestro abrazo inmortal.

Á TUCUMÁN



## VII

Pálida de los ojos alabados,  
Parece que á tu encanto sensitivo  
Flota en aroma de azahar nativo  
Tu molicie más dulce que la miel.  
Y el amor de la tarde que desdora  
De tu sol el poético destello,  
Es tu beldad, cual si de un sol tan bello,  
Fueses la luna más hermosa que él.

La pasión de la noche feménina  
Que dilata el imperio de tus ojos,

Finos amantes echará de hinojos  
Ante tu ruedo de estrellado tul;  
Mientras al pié de tu balcón de nubes  
Que el bello monte familiar modela,  
Te dedica romántica espinela  
El patrio bardo de la banda azul.

Para que no faltase á tu decoro  
La excelencia del lauro soberano,  
Te consagró la espada de Belgrano  
Primer amor del justo paladín.  
Y tu belleza fué sobre *el sepulcro*  
*De los tiranos*, en perenne alerta,  
La sonora leona que despierta  
Vibrada de peligro y de clarín.

Para memoria de que allá juraron  
Próceres y patricios nuestra suerte,  
Alzada está bajo tu guarda fuerte  
La Casa del Paí scomo un altar.

Porque si Buenos Aires fué en su gloria  
Pórtico audaz que á la opinión congrega,  
Tú formaste la alcoba solariega,  
Corazón honorable del hogar.

Industriosa doncella entre las nobles  
Hermanas de Nausica y de Rebeca,  
Que someten al cántaro y la rueca  
Su hermosura de púdico arrebol;  
Con tesoro feliz labra tu seno  
La civilización de la dulzura,  
En que se dan, rindiéndote ventura,  
Besos de miel la tierra con el sol.

Es la blancura de tus ricos dientes,  
La prez de los azúcares genuinos,  
La carreta te canta en los caminos;  
Con su eje rudo la honradez fabril,  
Pregónate el nogal bellos menages,  
Y en la tosca humildad de su servicio,

Adoba el cuero dócil del oficio  
La tenaz fortaleza del cebil.

Es de cedros y mirtos el enorme  
Perfume que embalsama tu reposo.  
Tal como en el Cantar del Rey Hermoso,  
Tu ropa huele á Libano aromal.  
Y así en tu viejo Campo de la Gloria,  
Tu cariño ,á los héroes propenso,  
Les ha tendido por sudario inmenso  
La eterna floración del naranjal.

Los hombres



· Á LOS GAUCHOS



## VIII

Raza valerosa y dura  
Que con pujanza silvestre  
Dió á la patria en garbo ecuestre  
Su primitiva escultura.  
Una terrible ventura  
Vá á su sacrificio unida,  
Como despliega la herida  
Que al toro desfonda el cuello,  
En el raudal del degüello  
La bandera de la vida.

Es que la fiel voluntad  
Que al torvo destino alegre,  
Funde en vino la uva negra  
De la dura adversidad.  
Y en punto de libertad  
No hay satisfacción más neta,  
Que medírsela completa  
Entre riesgo y corazón,  
Con tres cuartas de facón  
Y cuatro pies de quarteta.

En la hora del gran dolor  
Que á la historia nos paría,  
Así como el bien del día  
Trova el pájaro cantor,  
La copla del payador  
Anunció el amanecer,  
Y en el fresco rosicler  
Que pintaba el primer rayo,  
El lindo gaucho de Mayo  
Partió para no volver.

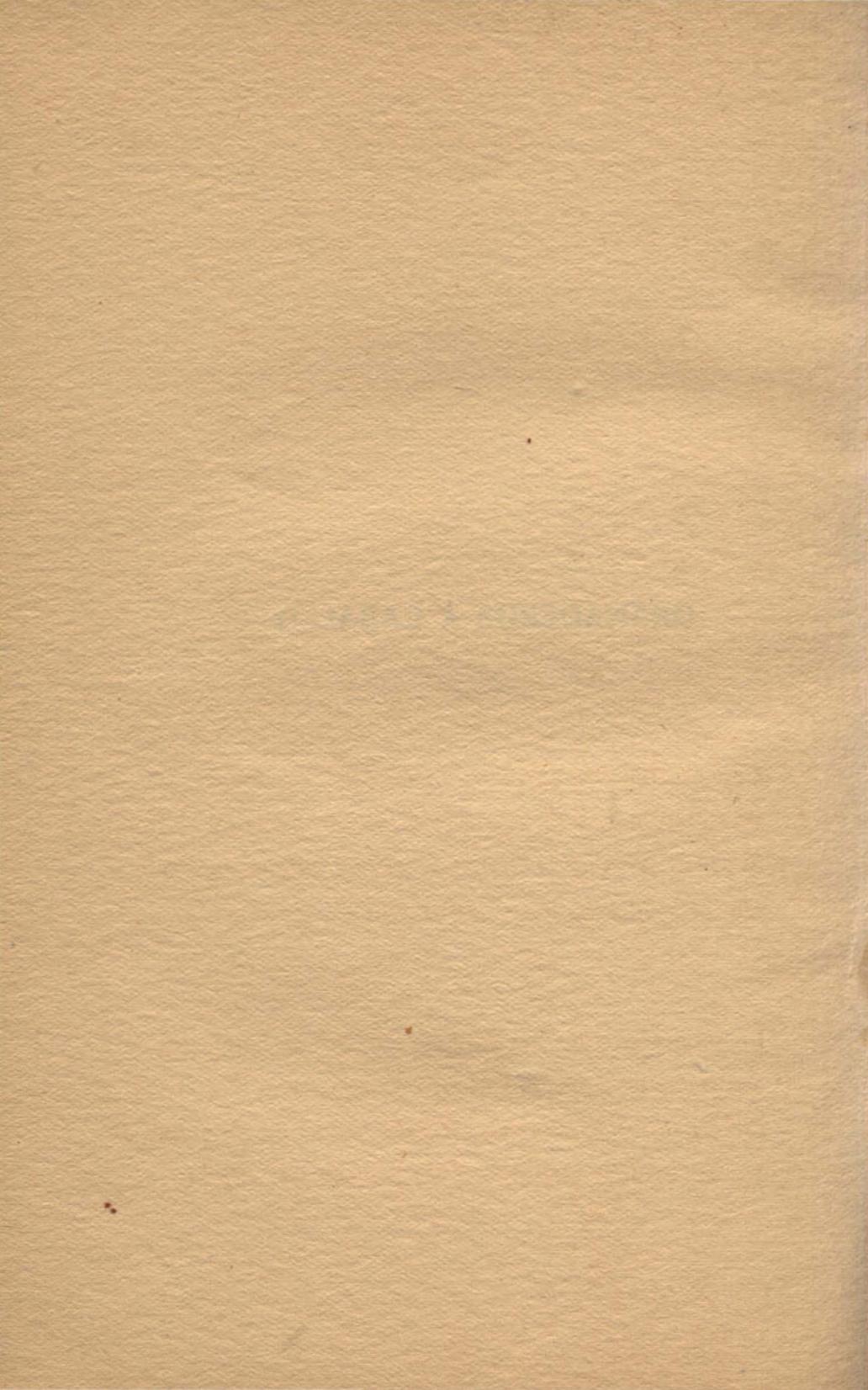
Así salió á rodar tierra  
Contra el viejo vilipendio,  
Enarbolando el incendio  
Como estandarte de guerra.  
Mar y cielo, pampa y sierra,  
Su galope al sueño arranca,  
Y bien sentada en el anca  
Que por las cuestas se empina,  
Le sonríe su *Argentina*  
Linda y fresca, azul y blanca.

Desde Suipacha á Ayacucho  
Se agotó en el gran trabajo,  
Como el agua cuesta abajo  
Por haber corrido mucho;  
Mas siempre garboso y ducho  
Aligeró todo mal,  
Con la gracia natural  
Que en la más negra injusticia

Salpicaba su malicia  
 Clara y fácil como un real.  
 Luego al amor del caudillo  
 Siguió muriendo admirable,  
 Con el patriótico sable  
 Ya rebajado á cuchillo;  
 Pensando, alegre y sencillo,  
 Que en cualesquiera ocasión,  
 Desde que cae al montón  
 Hasta el día en que se acaba,  
 Pinta el culo de la taba  
 La existencia del varón.  
 Su poesía es la temprana  
 Gloria del verdor campero  
 Donde un relincho ligero  
 Regocija la mañana.  
 Y la morocha lozana  
 De sediciosa cadera,  
 En cuya humilde pollera,

Primicias de juventud  
Nos insinuó la inquietud  
De la loca primavera.

Su recuerdo, vago lloro  
De guitarra sorda y vieja,  
A la patria no apareja  
Preocupación ni desdoro.  
De lo bien que guarda el oro,  
El guijarro es argumento;  
Y desde que el pavimento  
Con su nivel sobrepasa,  
Va sepultando la casa  
Las piedras de su cimiento.



GRANADEROS Á CABALLO



## IX

Con arrebato de horda va el corcel formidable,  
Enredado á sus crines ruge el viento de Dios  
Sobre el bosque de hierro vibra en llamas un sable  
Que divide á lo lejos el firmamento en dos.

La montafia congénere donde el cóndor empluma,  
Sonreída de aurora despertó á ese tropel  
De patria, y la simétrica marea ungió en la espuma  
De un brindis gigantesco los flancos del corcel.

La tierra devorada por los cascos se abisma  
En el tremendo vértigo que arrastra aquel alud.  
Y el Himno natal surge del trueno con la misma  
Voz que estalló en clarines *en los campos del Sud*

!Tufo de potro; aroma de sangre; olor de gloria!...  
La hueste bebe el triunfo cual sublime alcohol,  
Y la muerte despliega sobre su trayectoria,  
Acabada la tierra, la mar de luz del sol.

LOS PRÓCERES



## X

Aquellos grandes hombres, con dignidad severa  
Que es la lección más alta de su ilustre carrera,  
En la bella y difícil conciencia del deber,  
Para honra de la patria dicen como hay que ser.

Mandan que en una vida de sencilla nobleza,  
Tengamos bien unidos corazón y cabeza;  
Como el pilar constante, si es sólido su ajuste,  
Un sólo miembro íntegra con la basa y el fuste.

Proclaman que adoptemos la honradez valerosa  
Que asegura la fama de la joven esposa;  
Porque la patria es bella y es joven todavía,  
Y es propio de la llama consumir la bujía.  
Que el egoísmo es perro traicionero, y guarda  
Mal la heredad hermosa cuando la ración tarda.  
Que no hay casa estimable cuando no tiene adentro  
La llama hospitalaria por amistoso centro.  
Y que no hay garantía tan fiel para la puerta,  
Como la del vecino que la halla siempre abierta.

Que el sol de la bandera no cobije intereses  
Bastardos, proveyendo la igualdad de las mieses  
Y la paz de los hombres con justiciero rayo;  
Pues ya la Junta el mismo 25 de Mayo,  
Ordenó en su proclama que el porvenir encierra:  
«Llevad hasta los últimos términos de la tierra»  
La persuasión de vuestra cordialidad». Y el Canto  
De las primeras glorias, con grito sacrosanto

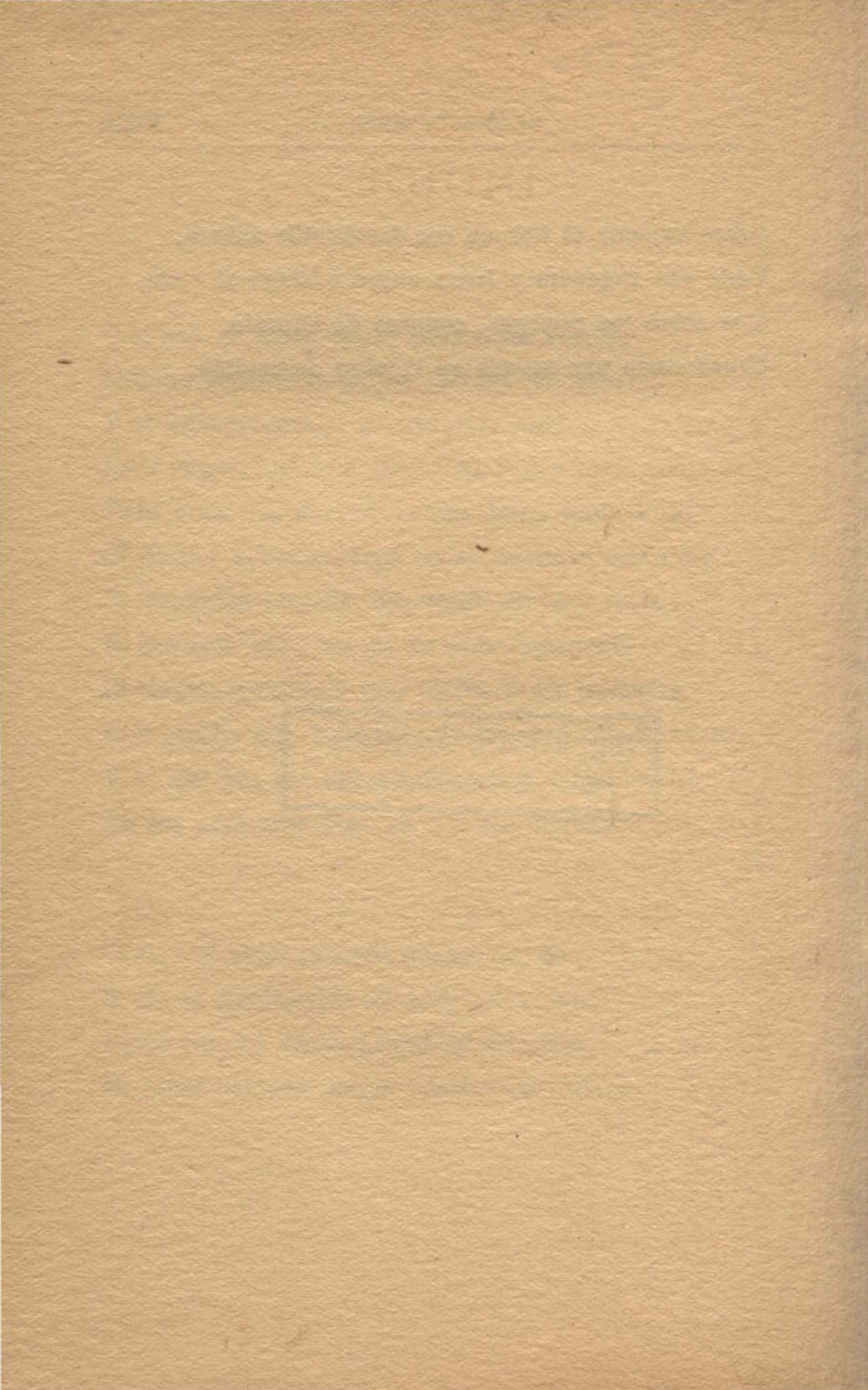
Que habló en mares y cumbres como un viento pro-  
Nos predijo por libres los plácemes del mundo. [fundo,  
Y la sólida regla de la Constitución,  
Abrió á todos los hombres el noble pabellón,  
Como árbol de justicia donde la primavera,  
Con sus flores azules y blancas se embandera.  
Quieren que realicemos con dicha más segura,  
Sin espadas ni leyes la libertad futura;  
Así como bebemos con sencillo alborozo,  
El agua que el pocero nos alumbró en el pozo.  
Que nuestros brazos libres sean gajos de fuerza,  
Para que no haya cepo de opresión que los tuerza.  
Que para nuestro espíritu, de todo justo hermano,  
Una amistad inmensa sea el Género Humano.  
Que hagamos de sus tumbas las macetas de flores  
Con que los buenos muertos prorrogan sus amores,  
Como si nos dijeran con su palabra honrada  
Que la eternidad fórmase de vida renovada;  
Y que así como ellos precisamos vivir,  
No de pasado ilustre, sino de porvenir.

Que sea, al completarse cada fasto sonoro,  
Nuestra espalda la puerta cerrada del decoro;  
Y el animoso pecho la delantera proa,  
Para mejores hechos dignos de nueva loa;  
Pues ellos nos dejaron en sus actos más bellos,  
El duro y noble encargo de ser mejores que ellos.  
Su probidad sencilla, su piedad grave y recta,  
El porfiado heroísmo de su vida imperfecta,  
El timbre igualitario que dieron á sus nombres,  
Nos prueba que, ante todo, cuidaban de ser hombres.  
Y lo que nos los torna más buenos y admirables  
En los póstumos días, es que son imitables.

Quiere el viejo fecundo florecer en la prole,  
Y ser el fundamento de progresiva mole  
Enaltecida en causa genial de fortaleza.  
El árbol valeroso no se esparce en maleza.

Antes pujando el bosque con formidable anhelo,  
Cada año engendra y lanza nuevo vástago al cielo;  
Que sobre los ramares, sonoros de huracán,  
Cruza como una espada su hombro de capitán.

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



## INDICE

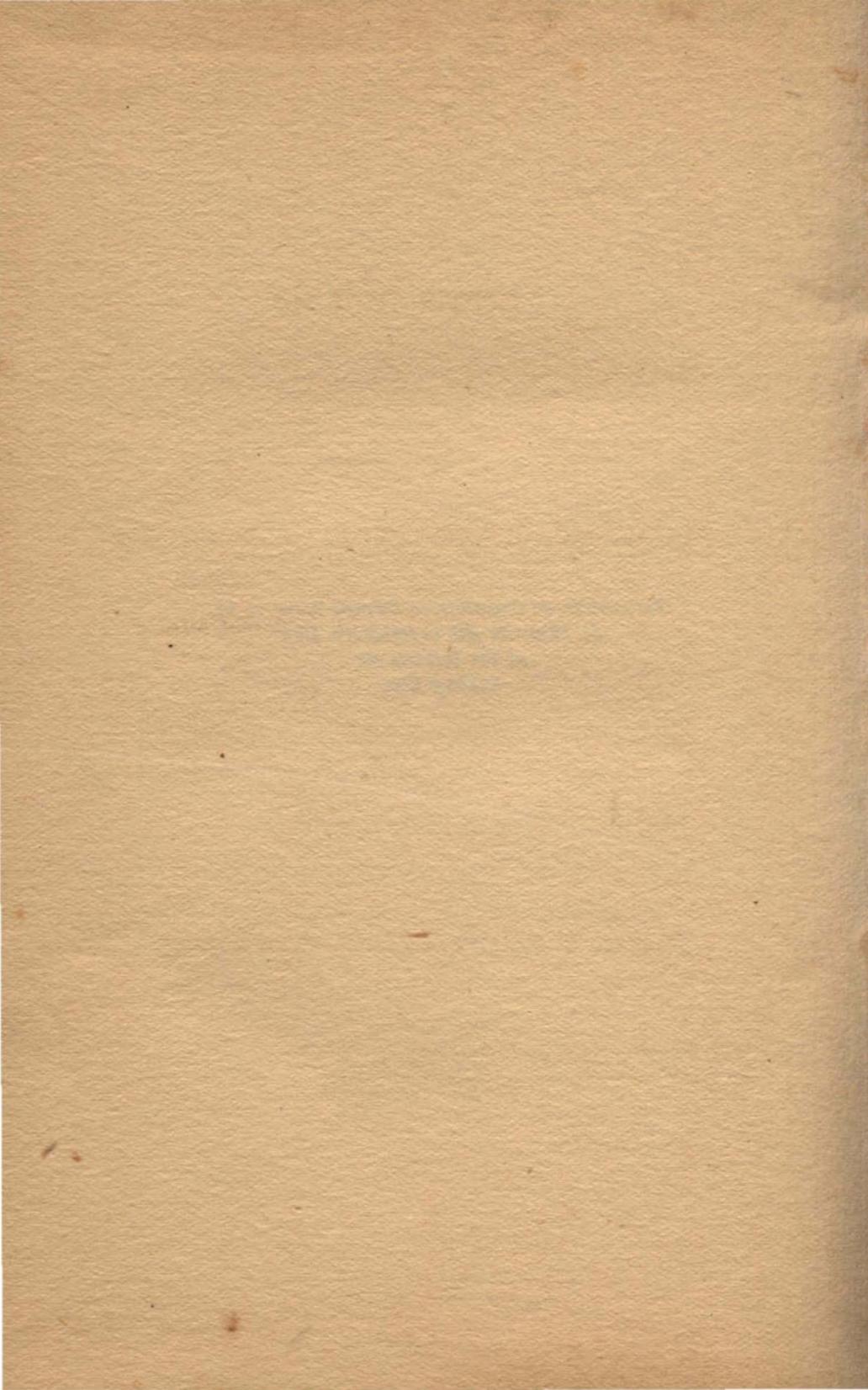
---

	<u>Pág.</u>
A LA PATRIA .....	7
LAS COSAS ÚTILES Y MAGNÍFICAS .....	15
<i>Al Plata</i> .....	17
<i>A los Andes</i> .....	25
<i>A los ganados y á las mieses</i> .....	33
LAS CIUDADES .....	111
<i>A Buenos Aires</i> .....	113
<i>A Montevideo</i> .....	121
<i>A Tucumán</i> .....	127
LOS HOMBRES .....	133
<i>A los gauchos</i> .....	135
<i>Granaderos á caballo</i> .....	143
<i>Los Próceres</i> .....	147

---



*Terminado de imprimir en Buenos Aires el 10  
de Mayo de mil novecientos diez  
en los talleres de  
Oiero y Cia.*



## Errata notable

---

<u>Dice</u>		<u>Debe decir</u>
Pág. 45 línea 3ª:	proseguidos	— perseguidos
» 68 » 12ª:	canas	— canoas
» 68 » 18ª:	dorada	— morada
» 83 » 18ª:	do	— de

---

Ruégase al lector que corrija antes de leer.

